



La tercera internacional

[Jordi Jaumandreu]

ÍNDICE

I. LA CRISIS DE LA II INTERNACIONAL Y LA FUNDACIÓN DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA.

1. El fin de una época: del capitalismo de libre competencia al imperialismo.
2. La crisis de la socialdemocracia. Internacionalismo proletario y «social-patriotismo».
3. La izquierda del movimiento obrero: Zimmerwald y Kienthal.
4. La Revolución rusa.
5. A la espera de la revolución internacional. Fundación de la Internacional Comunista.

II. EL ASCENSO REVOLUCIONARIO DE 1918-1923: LOS CUATRO PRIMEROS CONGRESOS DE LA IC.

1. Una ola revolucionaria.
2. Las lecciones de la Revolución rusa (I y II Congresos).
3. Las «21 condiciones» y las reestructuración del movimiento obrero.
4. La reorientación de la Internacional Comunista (III y IV Congresos).

III. LA INTERNACIONAL COMUNISTA BAJO STALIN: V, VI y VII CONGRESOS.

1. Las dificultades del Estado soviético y la derrota del 23 en Alemania.
2. Las «aventuras» revolucionarias del 24 al 25.
3. La teoría del «socialismo en un solo país» y el giro oportunista de los años 1926-1927. El comité anglo-ruso y la cuestión china.
4. Crisis en la Unión Soviética y orientación ultraizquierdista de la IC. El «tercer período».
5. El VII Congreso de la IC: fin del «tercer período» y orientación hacia los «frentes populares». Francia y España del 36.

IV. LA DISOLUCIÓN DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA Y LA CRISIS DEL STALINISMO.

VOCABULARIO SOCIALISTA BÁSICO.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL.

PRINCIPALES SIGLAS Y ABREVIATURAS UTILIZADAS EN EL TEXTO

I. LA CRISIS DE LA II INTERNACIONAL Y LA FUNDACION DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Desde sus inicios, el movimiento obrero moderno tuvo presente la importancia de coordinar internacionalmente la acción de los trabajadores y crear para ello una organización obrera internacional. La Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT, también conocida como I Internacional), construida con la participación activa de Marx y Engels, ayudó a guiar los pasos de un movimiento obrero que empezaba a organizarse independientemente en el terreno político del radicalismo pequeñoburgués. La AIT se escindiría tras el derrocamiento de la Comuna de París, después de una dura discusión entre la corriente socialista y la anarquista, pero habrá puesto las bases para el desarrollo de los partidos socialistas creados entre los años 70 y 80. La II Internacional, que en su Congreso de París en 1900 ponía en pie sus instrumentos de coordinación internacional, presidía el movimiento obrero de toda una época que finaliza con la primera guerra mundial y la Revolución rusa. Época de organización masiva de la clase obrera, con el fortalecimiento de sus partidos socialistas y centrales sindicales. La III Internacional o Internacional Comunista, fundada en 1919, nace de la crisis de este movimiento obrero y en particular de su fracaso ante la primera conflagración imperialista, estrechamente ligada a la primera revolución obrera victoriosa y las esperanzas revolucionarias internacionales que abrió.

1. El fin de una época: del capitalismo de libre competencia al imperialismo.

Hacia finales del siglo XIX se produce una profunda transformación en el funcionamiento del modo de producción capitalista. Finaliza la fase del capitalismo de libre competencia para iniciarse la fase del imperialismo. La fase imperialista del capitalismo se caracteriza por el proceso de concentración industrial y financiero, que ya Marx había previsto con anterioridad, y, por lo tanto, el desarrollo del control de unos pocos capitalistas sobre la economía de las naciones y, a la vez, el control de la burguesía imperialista de unas pocas naciones sobre los pueblos coloniales.

En el capitalismo de libre competencia, gran número de empresas competían en cada rama de la industria para conseguir dar salida a sus productos en el mercado. Pero el proceso de concentración industrial, favorecido en gran parte por el desarrollo tecnológico y los grandes gastos que implicaba el establecimiento de nuevas industrias, fomentó los acuerdos entre grandes empresas, que abarcaban la parte más importante de la producción para intentar dominar el mercado. Este proceso, extendido al terreno bancario, dio lugar a la intervención activa del capital bancario en la industria, creándose los grandes grupos y sociedades financieras. Estas transformaciones cambiaron las formas de la competencia nacional, pero, sobre todo, generaron el fenómeno del exceso de capital de los monopolios en los países capitalistas avanzados y la necesidad de emprender su exportación.

Este capital, exportado a países subdesarrollados de todos los continentes, para estimular sobre todo la producción de materias primas que beneficiaran las fabricaciones de los países imperialistas, implicó el creciente interés de estos países por el sometimiento y control de los países coloniales. Control directo a través de las administraciones coloniales, o bien control indirecto a través de gobiernos «fantoques» en países semicoloniales.

Hacia 1880-1900 se lleva a cabo un reparto general del mundo en imperios coloniales. La era imperialista constituirá, a partir de aquí, una sucesión interminable de guerras: guerras de conquista colonial, guerras contra los movimientos de liberación de los pueblos coloniales y, sobre todo, guerras por la redistribución entre los principales países imperialistas de sus imperios coloniales, según sus relaciones de fuerza en cada período.

La primera guerra mundial constituirá la primera guerra generalizada de rapiña imperialista, y anunciará claramente que toda una época ha finalizado. El capitalismo ha entrado en una fase en que ya no es capaz de aportar más progresos a la humanidad sin amenazarla periódicamente con la barbarie.

2. La crisis de la socialdemocracia. Internacionalismo proletario y «social-patriotismo».

Y sin embargo, el período comprendido entre el aplastamiento de la Comuna de París y la primera guerra mundial, contra las previsiones más generalizadas dentro del movimiento obrero, había constituido un largo período de desarrollo de las fuerzas productivas. Con altos y bajos había

escondido parcialmente la actuación de las contradicciones del capitalismo. En este período, a costa de no pocas luchas y sacrificios, adquirieron su legalidad, se desarrollaron y por fin se consolidaron los grandes partidos sociales de masas y las centrales sindicales. Los grandes beneficios coloniales, la relación de fuerzas favorable a la clase obrera en el mercado de trabajo (gracias a la reducción del porcentaje de paro por la emigración masiva hacia los países de ultramar), llevaron a una burguesía, aterrorizada por el fantasma de la Comuna y el desarrollo de la socialdemocracia y sus organizaciones, a realizar importantes concesiones político-sociales. El partido de la socialdemocracia alemana (SPD), modelo para todos y al que Lenin mismo expresa su admiración, contaba, en vísperas de la primera guerra mundial, con más de un millón de socios, cuatro millones de electores (aproximadamente, un 35 por 100 de los votos), 110 representantes en el Parlamento y un gran número de diarios, cooperativas, círculos culturales y deportivos para los trabajadores... Los sindicatos, dirigidos por la socialdemocracia, abarcaban casi tres millones de afiliados. La II Internacional no había logrado imponer todavía el objetivo de las ocho horas de trabajo diarias, pero había conseguido reducir considerablemente las jornadas, aumentar significativamente los salarios en los momentos de auge económico y, cuando menos, estabilizarlos en los momentos de crisis; se habían empezado a desarrollar sistemas embrionarios de seguridad social en numerosos países y se había conquistado una ampliación de las libertades políticas y los derechos de voto.

Este desarrollo de las organizaciones obreras implicó la formación de una amplia capa de parlamentarios, funcionarios de los partidos y los sindicatos, etc., que habiendo conseguido de hecho importantes ventajas en el mismo seno de la sociedad burguesa, se transformaron en una burocracia conservadora celosa del mantenimiento de sus privilegios. Sobre esta base material se desarrolló el oportunismo reformista en los partidos de la II Internacional. Las manifestaciones teóricas de este oportunismo se encuentran en la revisión del marxismo llevada a cabo por Eduard Bernstein («el movimiento es todo, el objetivo no es nada»), que pasa a propugnar abiertamente el abandono de toda lucha revolucionaria por la reforma del sistema capitalista. Pero también se van deslizado en el centrismo de un Kautsky, preocupado en justificar una práctica cada vez más oportunista de los partidos y sindicatos.

En la práctica, este oportunismo reformista se expresaba cada vez más claramente en la oposición de sindicatos y partidos a las huelgas que salían de su estrecho control, y en el terreno político, en la adaptación en la crítica y en la acción al colonialismo, la aceptación progresiva de coaliciones con partidos «liberales» de la burguesía y, por fin, la entrada en gobiernos de coalición con estos partidos.

La revolución rusa de 1905, poniendo al descubierto el trabajo de las contradicciones internas del capitalismo durante este período, y señalando en los hechos la posibilidad de la lucha revolucionaria, catalizó las discusiones en el seno de la socialdemocracia. El debate en Alemania sobre la necesidad de impulsar huelgas generalizadas de masas, como una de las formas de acción, se saldó con la aceptación por el partido de la posición de los sindicatos en contra de la huelga general, reflejando abiertamente el proceso que se estaba desarrollando. Pero sólo un pequeño grupo de dirigentes, entre los que se encontraban Rosa Luxemburg (la brillante defensora de la acción revolucionaria), Karl Liebknecht, Clara Zetkin y Franz Mehring, empezaban a ser conscientes de esta situación.

Desde muchos años antes de 1914 la amenaza de la guerra estaba clara para todos. Las carreras de armamentos y la multiplicación de las confrontaciones parciales lo demostraban. La Internacional Socialista había procurado educar al movimiento obrero internacional contra la amenaza de guerra y explicar a la clase obrera y a los trabajadores del mundo que no podían ni debían asumir una guerra entre sus burguesías respectivas por el reparto del mundo. Por el contrario, para los socialistas era posible utilizar el desencadenamiento de la barbarie capitalista para acelerar el derrocamiento de la burguesía y el capitalismo. En el Congreso de Stuttgart (1907), la II Internacional había aprobado una propuesta de resolución formulada por Lenin, Martov y Rosa Luxemburg en los siguientes términos: «En caso de amenaza de guerra, las clases obreras y sus representaciones parlamentarias de los países participantes se comprometen, apoyadas por la actividad coordinada de la oficina internacional, a hacer lo posible para evitar la guerra por todos los medios que consideren eficaces, los cuales varían, naturalmente, en proporción a la agudización de la lucha de clases y de la situación política general. Caso, no obstante, de que estalle la guerra, es su obligación intervenir, a fin de acelerar su pronta terminación y aspirar con todas sus fuerzas a aprovechar la crisis política y económica causada por la guerra para sacudir al pueblo y con ello acelerar la supresión del predominio de la clase capitalista». Pero poco o nada fue lo que realmente se hizo en la práctica.

Cuando en agosto de 1914 estalló la guerra, las direcciones socialdemócratas, con muy pocas excepciones, capitularon vergonzosamente y se colocaron del lado de sus respectivas burguesías. Las manifestaciones realizadas a finales de julio contra la guerra habían demostrado hasta qué punto una política consecuente hubiera podido movilizar a las masas obreras, y en el curso de la guerra se puso de relieve cómo la rebelión creciente contra sus consecuencias hubiera permitido volver el golpe contra la burguesía. A costa, claro está, de un aislamiento relativo y transitorio en los primeros momentos de chauvinismo e histeria colectiva. Pero las direcciones reformistas habían elegido otro camino y cada una había encontrado sus razones. Para los dirigentes socialdemócratas alemanes y austríacos la guerra estaba justificada por la necesidad de defender las conquistas democráticas de estos países frente al «absolutismo zarista»; para los franceses, británicos y belgas, había que luchar contra el «militarismo prusiano». Para todos resultaba imposible oponerse a los sentimientos «nacionales» que prendían en las masas. Pero esto no impidió que cuando estos sentimientos se transformaron en rebelión contra la guerra imperialista y un creciente descontento social, hicieran una vez más frente común con sus burguesías y reprimieran la actividad antimilitarista, aplastaran las huelgas y entraran en los gobiernos que hacían la guerra. El internacionalismo había muerto a manos de un social-patriotismo que glorificaba la unión de los obreros con sus respectivas burguesías. La II Internacional se hundió irremisiblemente.

3. La izquierda del movimiento obrero: Zimmerwald y Kienthal.

Con el comienzo de la guerra sólo unos pocos dirigentes socialistas revolucionarios se mantuvieron fieles al internacionalismo proletario: Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, en Alemania; Monatte y Alfred Rosmer, en Francia; Lenin y una parte de los bolcheviques, Trotsky y Martov, en Rusia; MacLean, en Gran Bretaña; Debs, en los Estados Unidos; el SPD de los Países Bajos y la mayoría de los partidos de Italia, Servia y Bulgaria. La primera iniciativa de reagrupamiento internacional de los que se habían opuesto a hacer frente común con sus burguesías fue la Conferencia de Zimmerwald. Formalmente convocada por iniciativa de los socialistas italianos, y celebrada a comienzos de septiembre de 1915 en este pequeño pueblo suizo, se invitaba a «todas las organizaciones obreras que siguen siendo fieles al principio de la lucha de clases y a la solidaridad internacional». Participaron delegados de Francia, Italia, los países balcánicos, Suecia, Noruega, Polonia, Rusia y Holanda. La composición era muy heterogénea: estaban representadas desde tendencias reformistas hasta la tendencia marxista revolucionaria encabezada por Lenin. Este grupo, que fue conocido como la «izquierda de Zimmerwald», presentó una resolución en que se definía la posición a adoptar por los partidos socialistas ante la guerra, de la siguiente manera: «Rechazo de los créditos de guerra, salida de los ministros socialistas de los gobiernos burgueses, necesidad de desenmascarar el carácter imperialista de la guerra desde la tribuna parlamentaria, en las columnas de la prensa legal y, si es necesario, ilegal, organización de manifestaciones contra los gobiernos, propaganda a favor de la solidaridad internacional, protección de las huelgas económicas a la vez que se intenta transformarlas en huelgas políticas, guerra civil y no paz social». Esta resolución fue rechazada por la mayoría de los asistentes, que, sin embargo, aprobaron un manifiesto contra la guerra. Se nombró una «Comisión socialista internacional» que constituyó el embrión de una nueva organización internacional.

De hecho, en Zimmerwald, se enfrentaron dos posiciones. Una quería reconstruir la II Internacional, buscando la reunificación con los dirigentes socialpatriotas. La otra, cuyo principal impulsor fue Lenin, se orientaba hacia la construcción de la III Internacional. En el primer número del órgano central del partido bolchevique, que apareció el 1 de noviembre de 1914, Lenin escribía: «La II Internacional ha muerto, vencida por el oportunismo. ¡Abajo el oportunismo y viva la III Internacional, desembarazada de los renegados y también del oportunismo! La Internacional ha realizado un trabajo útil de «organización de las masas proletarias durante el largo «período pacífico» de la peor esclavitud capitalista durante el último tercio del siglo XIX y los comienzos del siglo XX La tarea de la III Internacional será preparar al proletariado para la lucha revolucionaria contra los gobiernos capitalistas, para la guerra civil contra la burguesía de todos los países, hacia la toma del poder y la victoria del socialismo.» El análisis de Lenin preveía una agudización con la guerra de todas las contradicciones del capitalismo, agudización que provocaría inevitablemente una ola revolucionaria de gran magnitud. El ascenso revolucionario ayudaría a variar rápidamente la relación de fuerzas entre la derecha y la izquierda del movimiento obrero, colocando a los revolucionarios a su cabeza. Trabajar pues por la creación de la III Internacional era preparar una nueva organización internacional a la altura de las nuevas tareas.

En abril de 1916 se celebró la Conferencia de Kienthal. La influencia de la izquierda zimmerwaldiana había crecido notablemente, y la idea de la necesidad de creación de una nueva internacional apareció en el centro de los debates. Se reforzó la actividad y se imprimieron diversos documentos y folletos que fueron enviados a distintos países, aun con grandes dificultades. Las previsiones de Lenin empezaron a confirmarse con el estallido, en marzo de 1917, de la Revolución Rusa. Los internacionalistas más activos se trasladaron allá. El nacimiento de la III Internacional estaría estrechamente ligado al destino de la Revolución Rusa.

4. La Revolución Rusa.

Todos los marxistas internacionales tenían puestas grandes esperanzas en la Revolución Rusa desde 1905. Y, sin embargo, todos la *analizaban* como algo esencialmente distinto al resto del proceso revolucionario que esperaban para los países avanzados de Europa. Nadie ponía en duda que la tarea pendiente en estos países era el derrocamiento de la burguesía y la instauración del socialismo. Pero Rusia, como país atrasado, debía recorrer una fase previa. Las tareas a resolver por su revolución parecían más próximas a las de las revoluciones democrático-burguesas de los siglos XVIII y XIX: derrocar al absolutismo zarista, establecer las libertades políticas y una constitución democrática, liberar al campo de su estructura semifeudal, liberar las nacionalidades oprimidas y crear un mercado nacional unificado que favoreciera el desarrollo del capitalismo industrial. Sólo con la consolidación del capitalismo y el esfuerzo consiguiente de la propia clase obrera rusa, podría abordarse con éxito la lucha por el socialismo. También los marxistas rusos, partiendo de esta apreciación, defendían la necesidad de una estrategia de alianzas del movimiento obrero con la burguesía liberal interesada en el fin del zarismo para abordar estas tareas. El movimiento obrero debía, consecuentemente con ello, limitarse en esta etapa a la lucha por reivindicaciones de clase inmediatas, similares a las conseguidas o alcanzables en los países de democracia parlamentaria (jornada de ocho horas, derechos de organización, huelga y voto...), a la vez que obligaba a la burguesía a llevar a cabo y hasta el final «su» revolución. Sólo Lenin y Trotsky habían puesto en cuestión esta estrategia. Lenin, en 1905, se apoya en el análisis que Marx había realizado en «la revolución de 1848» sobre la actitud de la burguesía: cuando el proletariado pasa a participar activamente en la lucha, la burguesía se convierte en contrarrevolucionaria por miedo a la dinámica de esta movilización. Para Lenin la burguesía liberal rusa tiene y tendrá este comportamiento. No es posible, pues, abordar las tareas de la misma revolución democrática con una alianza entre el proletariado y la burguesía. Lenin la sustituirá por la necesidad de una alianza entre el proletariado y el campesinado. Es una «dictadura democrática de los obreros y campesinos» la que podrá abordar estas tareas. Pero es Trotsky el que demostrará una mayor lucidez en el análisis del proceso revolucionario ruso tras 1905. Para Trotsky, que había presidido el soviets (consejo) de Petrogrado durante la revolución, la futura explosión revolucionaria haría surgir una extensa red de soviets, con un papel preponderante de la clase obrera. La burguesía se comportaría ciertamente de forma contrarrevolucionaria. Pero el campesinado no tiene capacidad para convertirse en una fuerza política autónoma. El campesinado, en última instancia, sólo podrá seguir al proletariado revolucionario o a la burguesía contrarrevolucionaria. Para Trotsky la suerte de la revolución dependía, pues, de la capacidad del proletariado para conquistar el poder apoyándose en una alianza con el campesinado que sólo podía realizarse bajo la dirección de los obreros. Esta previsión la completaba con la afirmación de que, una vez tomado el poder, el proletariado no podría limitarse a resolver las tareas democráticas, sino que se vería impulsado a expropiar a la burguesía, eliminar la explotación capitalista y comenzar la construcción de una sociedad socialista, y que este proceso sólo adquiriría sentido y tenía posibilidades de éxito en el marco de la revolución socialista internacional. Esta fue la teoría de la «revolución permanente», defendida por Trotsky después de 1905, que los hechos confirmarían. Cuando Lenin regresa a Rusia después del exilio, emprende una batalla por reorientar al partido bolchevique en esta dirección. Lenin defiende con sus «Tesis de Abril» una estrategia que conduzca a la toma del poder por los soviets, enfrentándose a las resistencias de lo que había sido la dirección del interior en la etapa precedente (Stalin, Molotov, Kamenev), que piensa con los esquemas anteriores, defiende la necesidad de conceder un apoyo crítico al gobierno de coalición, y ve con buenos ojos una reunificación con los mencheviques. Será entonces cuando Trotsky ingresará en el partido bolchevique.

La revolución de 1905 había fracasado por el retraso de los campesinos. En febrero de 1917 (marzo, según el calendario occidental) el zarismo se derrumba bajo el doble efecto de las luchas

obreras y la descomposición del ejército, que significa una creciente oposición del campesinado a la guerra. Surgen los soviets de obreros, soldados y campesinos apoyados en los guardias rojos armados y se extienden por doquier. La clase obrera juega un papel preponderante, por lo tanto, en la misma caída de la autocracia en febrero. Sin embargo, por la actuación de los mencheviques y «socialistas revolucionarios» (los bolcheviques constituían entonces una pequeña minoría que sólo agrupaba a los obreros más conscientes, y la línea del partido era, según hemos visto, de una notable ambigüedad), el poder queda en manos de un gobierno provisional de alianza entre partidos burgueses como los «cadetes» (demócratas constitucionales) y los partidos obreros reformistas. De febrero a octubre se abrirá en Rusia una situación de dualidad de poderes, con el gobierno provisional de un lado, al frente de un aparato de estado burgués en descomposición, y los soviets de obreros, soldados y campesinos –embrión del futuro estado obrero–, de otro. La radicalización creciente de las masas frente a la incapacidad del gobierno provisional para abordar ninguna de las tareas que de él se esperaban –continuación de la guerra bajo el argumento de la defensa de la República democrática, maniobras frente a las reivindicaciones de las nacionalidades, los campesinos y los obreros, retraso en la convocatoria de la Asamblea Constituyente...– y tras los levantamientos prematuros de julio y el fracaso del intento de golpe militar de Kornilov, en agosto, los bolcheviques alcanzan la mayoría en los soviets de las grandes ciudades. A partir de aquí, el partido situará, bajo la dirección de Lenin, y no sin nuevas resistencias, la conquista del poder por los soviets como la tarea al orden del día. En octubre (noviembre según el calendario occidental) tiene lugar la insurrección bajo la dirección del Comité Militar Revolucionario del soviet de Petrogrado, que preside Trotsky. La mayoría de los regimientos se colocan a las órdenes del soviet, desobedeciendo a los mandos del ejército burgués, y el Gobierno provisional y el aparato del estado se derrumban sin que hayan sido necesarios apenas choques militares. El segundo congreso de los soviets vota por una amplísima mayoría el traspaso del poder a los soviets de obreros, soldados y campesinos. Ha nacido el primer estado obrero de la historia de la humanidad.

Al principio, el programa de los soviets se limita a considerar como tareas inmediatas el restablecimiento de la paz, el reparto de las tierras a los campesinos, la autodeterminación de las nacionalidades, la consolidación del poder soviético en todo el estado y el establecimiento del control obrero sobre la producción. Inmediatamente el sabotaje capitalista a las directrices del nuevo poder se hará sentir con fuerza, y el poder deberá responder avanzando del control obrero sobre la producción a la expropiación de la banca, las grandes fábricas, los transportes... Era evidente que la organización de una economía socialista en una sociedad atrasada, donde el capitalismo todavía no había desarrollado las bases materiales del socialismo, era una tarea llena de dificultades. Pero los bolcheviques siempre habían pensado que el aislamiento de la primera revolución proletaria sólo sería transitoria y que la revolución en Europa vendría inmediatamente en ayuda del primer estado obrero, permitiéndole salvar esta contradicción.

5. A la espera de la revolución internacional. Fundación de la Internacional Comunista.

La Revolución Rusa actuó de detonador y de modelo para el despertar de la revolución socialista internacional. La respuesta obrera a la condena de Karl Liebknecht por sus actividades antimilitaristas en Alemania, en junio de 1916, ya había demostrado que algo estaba cambiando en la disposición a la lucha de los obreros. En 1917 se produce en Alemania un potente movimiento huelguístico, en gran parte semiespontáneo. El SPD sólo se sumará a la lucha para frenarla y desproveerla del contenido político que va asumiendo progresivamente (paz sin anexiones, liberación de los presos políticos, levantamiento del estado de sitio..., son consignas que aparecen cada vez más frecuentemente junto a las reivindicaciones sobre el racionamiento impuesto por la guerra). Pero delegados elegidos por los trabajadores en las empresas y coordinados entre sí, han jugado un papel clave en la movilización. En Austria se producirá igualmente un movimiento de protesta en la marina y en el Ejército francés estallarán rebeliones de los soldados. En el Estado español, agosto de 1917, es el momento de la huelga general preparada por el PSOE y la UGT con el apoyo de la CNT. Son todos signos inequívocos de que la previsión de Lenin había sido certera: las consecuencias de la guerra imperialista están siendo un potente ascenso revolucionario. Sin embargo, la aceleración de este proceso no se producirá hasta algún tiempo después de la toma del poder en Rusia por el Gobierno de los soviets, que polarizará las esperanzas de las masas obreras de todos los países.

De esta forma los bolcheviques se encuentran ante un dilema. De un lado, han accedido al poder apoyados en los profundos deseos de paz y la descomposición del ejército burgués. De otro, la jovencísima República Soviética se encuentra ahora amenazada por el Ejército alemán,

los ejércitos de los viejos «aliados» del gobierno provisional, y por la reacción que prepara la guerra civil. El peligro más inminente es el ejército del Imperio Alemán. Los bolcheviques están pendientes de que se produzcan levantamientos revolucionarios en Europa central, y en especial en el país donde existe la clase obrera más numerosa y mejor organizada: Alemania. Pero éstos no llegan y los bolcheviques se ven obligados a concluir la paz separada con Alemania (acuerdo de Brest-Litovsk), en marzo de 1918, bajo las draconianas condiciones impuestas por el Imperio. Los bolcheviques han convertido las negociaciones de paz, a través de su portavoz –Trotsky–, en una tribuna revolucionaria dirigida a todos los pueblos y han dirigido un intenso trabajo revolucionario hacia las filas del ejército alemán que alarma profundamente a sus oficiales. Pero esta paz abrirá una seria crisis en el Gobierno soviético, del que dimite la minoría socialista revolucionaria, y en el mismo seno del partido, donde la decisión se toma por mayoría contra los partidarios de emprender la «guerra revolucionaria».

Durante todo este período la combinación de la crisis de la socialdemocracia y la progresiva radicalización del movimiento obrero han dado lugar a la aparición de diversas tendencias de izquierda y la consolidación de núcleos de socialistas revolucionarios en los grandes partidos obreros. En enero de 1917 el SPD se ha dividido literalmente en dos, y la «oposición» a la política del ejecutivo fundará, en abril, el USPD. Entre sus líderes figuran «centristas» como Ledebour, Kautsky e Hilferding, e incluso reformistas como Bernstein. Pero también los revolucionarios Liebknecht y Rosa Luxemburg, que, aunque mucho antes ya han formado el grupo Espartaco, deciden mantenerse en el seno del USPD. Diversos grupos de oposición han aparecido y se desarrollan en la SFIO y la socialdemocracia austríaca.

Con la derrota militar de las potencias centrales los acontecimientos toman un nuevo ritmo. La doble monarquía se desintegra, las minorías eslavas oprimidas se levantan. En Hungría se forma un gobierno de coalición con participación de los socialdemócratas, en Austria un gobierno de socialdemócratas. En Austria se forman consejos de obreros y soldados. En Alemania, un poderoso movimiento de consejos que surge de la huelga revolucionaria de noviembre, instala de hecho una situación de doble poder. La dirección del SPD, de la que Ebert ha pasado a ser presidente de la República, se esfuerza en conseguir que los consejos apoyen un gabinete SPD-USPD, aprueben la perspectiva de convocatoria de una Asamblea Constituyente, y renuncien a toda acción independiente. En la revolución alemana empieza a intervenir activamente como organización la Liga Espartaco, que se ha dotado de estructura organizativa propia. A pesar del fuerte impulso revolucionario que se expresa a través de los consejos y de la influencia de los revolucionarios espartaquistas, los consejos ceden posición tras posición ante el gobierno SPD-USPD, que se apoya e intenta reconstruir el aparato de estado burgués. Los consejos de soldados se muestran enormemente retrasados y los reformistas se apoyan en ellos para frenar las decisiones de los consejos obreros con una sobrerrepresentación de los soldados. La falta de un «partido de los soviets», como lo fue el partido bolchevique desde febrero a octubre, con una estrategia y una táctica claras dirigidas a desprender al conjunto de la clase obrera de sus ilusiones en los partidos reformistas, y dirigirla hacia la toma del poder a través de los consejos, se refleja en toda la situación. Los espartaquistas son muy débiles todavía y existen en su interior fuertes corrientes ultraizquierdistas. Los consejos aceptarán la convocatoria de una Asamblea Constituyente por el gobierno. La mayoría de la Liga Espartaco se pronunciará entonces, contra la opinión de sus mejores dirigentes, por el boicot a estas elecciones, despreciando la experiencia de los bolcheviques y la Duma. Gran parte de la Liga se opone a realizar un trabajo en el seno de los sindicatos, que bajo los dirigentes reformistas han comenzado una estrecha colaboración con el gobierno para ahogar el papel de los consejos. El 1 de enero de 1919 finaliza el congreso de fundación del KPD, realizado con la presencia de Radek como delegado bolchevique, donde se fusionan los espartaquistas, el IKD y una corriente radical de izquierda. El KPD nace con un fuerte entusiasmo hacia la Revolución Rusa, pero también bajo el signo del izquierdismo: los delegados aprueban por mayoría el boicot a las elecciones y en el congreso se producen fuertes enfrentamientos en torno al problema de los sindicatos. En pocos días la revolución alemana entra en una fase decisiva. El gobierno pretende destituir a Eichhorn, militante del USPD que ocupa el puesto de jefe de policía de Berlín desde el comienzo de la revolución. A la convocatoria del USPD y el KPD se produce una manifestación sin precedentes de los obreros de Berlín contra la medida. La dirección del KPD vacila sobre las orientaciones a dar al movimiento. Liebknecht, por su cuenta y riesgo, presionado por los delegados revolucionarios de Berlín, firma, junto a algunos dirigentes del USPD, un llamamiento a

la insurrección. El gobierno, que desde diciembre ha estado formando, bajo la dirección del ministro socialdemócrata Noske, unos «cuerpos francos» compuestos por oficiales y voluntarios, se lanza al aplastamiento del movimiento. El 15 de enero, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo caen asesinados por estos cuerpos, que comienzan la represión sistemática en toda Alemania.

Para los bolcheviques la fundación del partido comunista de Alemania había sido esperado y deseado desde el día siguiente de la Revolución de Octubre, como la condición necesaria y suficiente para la fundación de la III Internacional. Lenin, tras conocer la fundación del KPD, y aun sin tener información de los resultados del congreso, escribe: «Cuando la Liga Espartaco alemana, dirigida por estos jefes ilustres, conocidos en todo el mundo, estos fieles partidarios de la clase obrera que son Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Clara Zetkin, Franz Mehring rompieron todo ligamen con socialistas como Scheidemann (...) cuando la Liga Espartaco pasó a llamarse partido comunista alemán, la fundación de la Internacional Comunista, verdaderamente proletaria, verdaderamente internacional, verdaderamente revolucionaria, fue un hecho. Formalmente, la fundación todavía no se ha realizado, pero en realidad la III Internacional existe desde este momento.» La monstruosa muerte de los dirigentes alemanes a manos de los que se reclaman de la II Internacional, será todo un símbolo del paso definitivo de los dirigentes reformistas del lado del orden burgués que levantará la indignación de los revolucionarios. Los debates de fundación de la III Internacional tendrán un carácter apasionado.

El 24 de enero, el Comité Central del Partido Comunista de Rusia, junto a representantes de distintos partidos comunistas de reciente formación y partidos socialistas revolucionarios, llaman a la celebración de una conferencia internacional que tenga como misión el emprender la fundación de la III Internacional. Son invitados 39 partidos y grupos que se sitúan en el terreno de «la dictadura del proletariado en forma de poder de los soviets». La conferencia se inaugura en marzo con 36 delegados con voto, de los que ocho son rusos y otra parte importante emigrados políticos que viven en Rusia. La guerra civil bloquea las comunicaciones y hace muy difícil el acceso a Moscú. El delegado de la única organización de Europa occidental que tiene una realidad significativa es el del KPD. Pero trae un mandato expreso de oponerse a la creación de la III Internacional, que los viejos espartaquistas siempre han considerado prematura. Los bolcheviques no están dispuestos a forzar demasiado la situación y llegar a fundar la Internacional con su voto en contra, por lo que se esfuerzan en convencerle. Sólo la llegada a la conferencia de un delegado austriaco con las noticias del ascenso revolucionario en Europa central lograrán que el delegado alemán se abstenga en la votación. La conferencia proclama entonces la fundación de la III Internacional. La Internacional Comunista ha nacido. Se elige presidente al bolchevique Zinoviev, y su sede se fija en Moscú. Todos los delegados están convencidos de que el estallido de la revolución proletaria es simplemente cuestión de algún tiempo y que la revolución alemana sólo ha sufrido un revés pasajero. Trotsky escribe en *Izvestia* el 1 de mayo: «Si hoy Moscú es el centro de la III Internacional, mañana –estamos profundamente convencidos– este centro se desplazará hacia el oeste, hacia Berlín, París, Londres. Si el proletariado ruso ha acogido con alegría en el Kremlin a los representantes de la clase obrera mundial, con más alegría todavía enviará sus representantes al II Congreso de la Internacional Comunista a una de las capitales de Europa occidental. Pues un congreso comunista internacional en Berlín o París significará el triunfo total de la revolución proletaria en Europa y probablemente en todo el mundo».

II. EL ASCENSO REVOLUCIONARIO 1918-1923: LOS CUATRO PRIMEROS CONGRESOS DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

1. Una ola revolucionaria

A lo largo del año 1919 continuará con fuerza la corriente revolucionaria que se ha manifestado desde 1918. En marzo se proclama la República de los Consejos en Hungría, en cuyo gobierno participan socialdemócratas y el joven partido comunista, fundado apenas unos meses antes por Bela Kun. En Alemania se proclama, en abril, la república de los Consejos en Baviera, bajo la dirección de los comunistas, aunque es inmediatamente aplastada por los «cuerpos francos», que tras haber reprimido el levantamiento de Berlín van ahogando en sangre el movimiento en todas las regiones. La ola se extiende también hacia Francia, Italia e Inglaterra, que se ven obligadas a poner fin a su intervención en la guerra civil que sacude la Unión Soviética. En abril se amotina la flota francesa del mar Negro, y el primero de mayo se produce una huelga general

en toda Francia. La agitación obrera continuará. En 1919 comenzará en el norte de Italia una fuerte radicalización, que desembocará en la creación de consejos y la ocupación de todas las fábricas en abril de 1920. En Inglaterra se produce a lo largo de 1919 un fuerte movimiento huelguístico.

Sin embargo este poderoso movimiento revolucionario se mostrará desde el comienzo con todas sus contradicciones. La Rusia soviética se encuentra en plena guerra civil contra los latifundistas y oficiales zaristas apoyados por los capitalistas rusos y extranjeros. Su ayuda a los movimientos revolucionarios en el plano militar y material será forzosamente muy reducida. La socialdemocracia internacional, que se esfuerza tras la guerra en organizar de nuevo la Internacional Socialista (Congreso de Berna en 1919, Congreso de Ginebra en 1920), asume en todos los países un papel claramente contrarrevolucionario, sin dudar ante la represión sangrienta (¡Alemania!). Los partidos comunistas, de reciente formación, son aún débiles e inexpertos y caen en múltiples errores, algunos con graves consecuencias. Y por fin, la burguesía, aterrorizada ante este movimiento, hace fuertes concesiones en todos los lados para intentar frenarlo, consiguiéndolo en algunos casos. En esta época el movimiento obrero conseguirá en muchos países conquistar la jornada de ocho horas y el sufragio universal.

El primer fracaso revolucionario importante es la liquidación de la República de los Consejos de Hungría, que sólo logra durar unos meses. En agosto de 1919 cae bajo el Ejército rumano, apoyado por la Entente, y se instala la sangrienta dictadura de Horthy, que se mantendrá hasta el final de la primera guerra mundial. En Alemania, en cambio, a pesar de las derrotas sufridas por los trabajadores, cuando en marzo de 1920 el funcionario Kapp y el oficial von Luttwitz intentan un golpe de estado y el gobierno sociademócrata huye, la huelga general paraliza toda la actividad y desharrá la intentona, dando nuevas fuerzas a la clase obrera. La situación sólo cambiará definitivamente cuando en 1922 el fascismo llega al poder en Italia, y en 1923 se produce el fracaso del partido comunista en Alemania en el intento de organizar la insurrección. Este es el período en que todos los ojos se vuelven hacia la Internacional Comunista, como dirección de recambio para el movimiento obrero, ante el fracaso y la traición de los reformistas de la II Internacional. Este es el período en que la Internacional Comunista, con un papel preponderante de los bolcheviques –armados de la autoridad que les confiere el haberse mantenido en el poder–, se esfuerza en sacar las principales lecciones de la Revolución Rusa y construir los partidos comunistas capaces de aprovechar el impulso revolucionario que recorre Europa para transformarlo en nuevas victorias proletarias.

2. Las lecciones de la Revolución Rusa (I y II Congresos de la Internacional Comunista)

En sus dos primeros congresos, la Internacional Comunista aborda un trabajo de elaboración y delimitación política frente a la II Internacional. Se trata de extraer de la primera revolución proletaria victoriosa aquellos rasgos válidos universalmente que aparecen mezclados con las particularidades rusas. El I Congreso, cuyas condiciones de realización ya hemos citado, no tiene demasiado tiempo de ocuparse de una discusión detallada. Lo importante en la conciencia de la mayoría de los delegados, y sobre todo de los bolcheviques, es levantar la bandera de la III Internacional. A pesar de todo, el I Congreso aprobará importantes resoluciones, como las «Tesis de Lenin sobre la democracia burguesa y la dictadura proletaria», la «plataforma» y el «manifiesto» de la Internacional Comunista. La idea que domina el ambiente del I Congreso es el convencimiento de haber entrado irreversiblemente en las batallas revolucionarias decisivas. La guerra de rapiña imperialista, prolongada ahora en los tratados de paz, en que las grandes potencias se reparten la influencia del mundo entero, convirtiendo en una burla el respeto a la soberanía de los pueblos, sus consecuencias materiales en muertes, hambre, destrucción..., se interpretan como signos inequívocos de que la irracionalidad capitalista ha llegado a un límite. En el «manifiesto de la Internacional Comunista a los proletarios de todo el mundo», tras una referencia a los análisis de Marx y Engels en su tiempo, encontramos la siguiente afirmación: «La hora de la lucha final y decisiva ha llegado más tarde de lo que previeron y esperaron los maestros de la revolución social. Pero ha llegado.» Lenin se despedirá de los congresistas diciendo: «El movimiento a favor de los soviets se extiende cada vez más lejos... (y cita Europa oriental y occidental, los países vencedores y vencidos). La victoria de la revolución proletaria está asegurada en el mundo entero: la constitución de la República Soviética Internacional está en marcha».

La aportación más importante del Congreso será la definición de la «dictadura del proletariado»

como el objetivo perseguido conscientemente por los revolucionarios en oposición a la dominación de la burguesía. En este punto reside la diferencia esencial que separa a la Internacional Comunista de las mil ataduras que ligan a la socialdemocracia reformista a la democracia burguesa. Lenin en sus tesis vuelve, como antes había hecho en «El estado y la revolución», a la experiencia de la Comuna de París y el análisis que Marx realizó en su tiempo, así como a la teoría marxista del estado. Hablar de «democracia» y de «dictadura», en general, sin precisar el carácter de clase del poder, es una mixtificación inadmisibles para los que se reclaman de la existencia de la lucha de clases. No existen «democracias» en general, sino democracias burguesas que no constituyen sino una de las formas de dictadura de la burguesía. El estado, cualquiera que sea la forma que revista, con su ejército, su policía, su magistratura..., es el instrumento de dominación de la burguesía. ¿Se puede hablar de «libertad» en abstracto cuando para unos consiste en la libertad de explotar apoyados por el estado y para otros el sometimiento sin condiciones a esta explotación? ¿Se puede hablar de «democracia» en abstracto cuando la única oportunidad que tienen las clases oprimidas es de decidir de cuándo en cuándo quién les representará y oprimirá desde el parlamento durante varios años? ¿No está condicionada la «libertad de reunión» cuando los principales medios materiales están en manos de la burguesía, mientras la policía restringe y limita este derecho a los obreros? ¿Y la «libertad de expresión», cuando el dinero, las imprentas, el papel... están en manos de los capitalistas?... La Comuna significó el primer intento de «derrocar, de destruir de arriba abajo el aparato gubernamental de la burguesía en la administración, la justicia, el ejército, la policía, sustituyéndolo por la organización autónoma de las masas obreras, sin reconocer ninguna distinción entre los poderes legislativo y ejecutivo». La dictadura del proletariado significa la toma del poder por la clase obrera para destruir las bases económicas de la desigualdad social, construyendo un aparato estatal propio para destruir la resistencia de la vieja minoría privilegiada de las clases dominantes. La dictadura del proletariado se diferencia, pues, de las anteriores dictaduras (feudal, burguesa...) en que se trata de imponer por primera vez la voluntad de la inmensa mayoría de la población y que además busca conscientemente la desaparición de las clases y, por lo tanto, la extinción progresiva del papel del estado. La dictadura del proletariado, basada en los consejos como expresión organizada de todos los trabajadores, «acerca a las casas trabajadoras al aparato estatal», y lejos de significar una disminución de las libertades políticas, debe suponer «una extensión hasta ahora desconocida de los principios democráticos a las clases oprimidas por el capitalismo». Estas tesis constituirán la diferencia esencial de los revolucionarios frente a los reformistas y centristas, pues mientras estos últimos han demostrado estar ligados al estado burgués o vacilar a la hora de romper con él, la estrategia de los revolucionarios consiste en oponerle los consejos obreros y conquistar el poder político destruyendo el aparato de estado burgués. Quedaban por definir los medios por los que los revolucionarios podían desarrollar los consejos y llevarlos a oponerse al poder de la burguesía. Las dificultades creadas por la guerra civil determinaron una falta de comunicación regular entre el ejecutivo de la Internacional Comunista y los distintos partidos y tendencias comunistas de todos los países. Entre el primero y el segundo Congresos de la Internacional Comunista no habrá oportunidad de desarrollar estas tesis y sus consecuencias.

El II Congreso ya se realiza en condiciones muy distintas. Los congresistas se reunirán el 17 de julio de 1920, y las sesiones acabarán el 7 de agosto. Entre los dos Congresos habrán tenido lugar hechos capitales para la Internacional Comunista, como la proclamación y derrota de las Repúblicas de los Consejos de Baviera y Hungría, la victoria de los obreros alemanes sobre el «putch» de Kapp... En abril, con la ayuda francesa, el ejército polaco había invadido Ucrania y Bielorrusia. El ejército rojo, bajo la dirección del joven general Tujachewski, había logrado detener el avance del ejército polaco y hacerlo retroceder. Contra la opinión de Tujachewski y de Trotsky —el organizador del ejército rojo—, los bolcheviques habían decidido pasar a la ofensiva. El Congreso de la Internacional Comunista se celebró cuando el ejército marchaba hacia Varsovia. Los delegados, con gran optimismo, seguían día a día, en un mapa instalado en el recinto del Congreso, los pasos de los batallones rusos. Se confiaba en que la entrada en Polonia fuera el signo para un levantamiento de los trabajadores polacos, y una esperanza que estimulara la acción de la clase obrera alemana. La asistencia al Congreso es muy numerosa: a los partidos y tendencias presentes en el primer Congreso, se habían añadido representantes de muchos más países. Entre ellos, miembros de diversos partidos socialistas mandatados por sus respectivos Congresos, bien como observadores, bien para solicitar la adhesión a la Internacional Comunista. El prestigio de la Internacional Comunista en el seno de las masas crecía sin cesar, creaba fuertes corrientes de radicalización en el seno de los viejos

partidos socialistas y centristas, y obligaba muchas veces a los dirigentes contra su voluntad a considerar las relaciones con la Internacional Comunista.

En este contexto los debates del segundo Congreso estarán marcados por la necesidad de definir los instrumentos necesarios para aplicar la estrategia defendida por el primer Congreso –fundamentalmente, la necesidad y el papel de los partidos comunistas–, y la determinación de las condiciones para adherir a la Internacional Comunista, que ahora, como lo constatan irónicamente sus dirigentes, «está de moda». El Congreso aprobará la resolución «Sobre el papel del Partido Comunista en la revolución proletaria», los estatutos de la Internacional, y las famosas 21 condiciones para la admisión de partidos en la Internacional Comunista. Otros documentos importantes serán «Las principales tareas de la Internacional Comunista», y las tesis sobre «El Partido Comunista y el parlamentarismo». El segundo Congreso dedicará una parte de su tiempo a discutir los problemas parciales más acuciantes que se le presentan a la Internacional Comunista. Será aprobada una resolución sobre «El movimiento sindical, los comités de empresa y fábrica», unas «Tesis sobre la cuestión agraria» y unas «Tesis sobre la cuestión nacional y colonial». El segundo Congreso está caracterizado también por el comienzo de la batalla contra las tendencias de «izquierda» que han aparecido y se han desarrollado en varios partidos. Estos «ultraizquierdistas» han organizado una escisión en Alemania y fundado el KAPD. La dirección del KPD, ahora encabezada por Paul Levi, ha favorecido de hecho la escisión contra la opinión de la Internacional. La invitación del KAPD como observadores al segundo Congreso, está a punto de provocar la retirada del KPD, pero al final son ellos quienes se retiran. Contra las corrientes «izquierdistas», Lenin ha escrito en abril-mayo «El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo», desarrollando a partir de las experiencias de la Revolución Rusa la necesidad de un partido proletariado centralizado, de los acuerdos y compromisos con otros partidos obreros en la lucha, de trabajar en los sindicatos «aun los más reaccionarios», de utilizar el parlamento burgués... Algunos de estos debates se prolongarán en el Congreso.

La valoración del Congreso sobre la coyuntura política es absolutamente optimista. Aun pocos días antes del Congreso, Lenin escribe en un proyecto de resolución: «La tarea actual de los partidos comunistas no consiste en acelerar la revolución, sino en acelerar la preparación del proletariado»; pero poco antes de presentarlo ante el Congreso corregirá el texto, que por fin quedará así: «La tarea actual de los partidos comunistas consiste en acelerar la revolución, sin provocarla por medios artificiales antes de que se haya podido realizar la preparación adecuada.» Cambio fundamental que da idea de hasta qué punto se mantienen, e incluso se han reforzado bajo la influencia de los últimos acontecimientos, las expectativas del primer Congreso.

En los documentos del Congreso el Partido Comunista es definido como una fracción de la clase obrera, la fracción más avanzada, que se crea por la selección de los trabajadores más conscientes. Es importante distinguir el partido de la clase. De la clase obrera forman parte todos los obreros, por lo tanto incluye grandes sectores y capas con niveles de conciencia muy bajos, que todavía siguen a las direcciones reformistas del movimiento obrero, e incluso sectores con prejuicios abiertamente reaccionarios. El Partido Comunista no puede adaptarse a la clase obrera, su papel está precisamente en buscar constantemente la elevación de su nivel de conciencia, apoyándose para ello en las contradicciones que genera el capitalismo. Este papel del Partido Comunista puede llevarle en ocasiones a un aislamiento relativo, pero sólo transitorio, y que es la condición de capacitarse para arrastrar después al conjunto de los obreros a la lucha. Lenin pone el ejemplo de la actitud que debían tomar los revolucionarios en los primeros años de la guerra, o el comienzo de la lucha contra el zarismo, cuando los trabajadores todavía no estaban dispuestos a la lucha política. El partido se convierte así en el instrumento principal para preparar a la clase obrera a la toma del poder, el instrumento preciso para conquistarlo efectivamente y establecer la dictadura proletaria, para comenzar la construcción de la sociedad socialista. Nada puede sustituir el papel del Partido Comunista, ni siquiera los soviets, que deben ser la expresión de toda la clase obrera. Lenin vuelve aquí a poner el ejemplo de la Revolución Rusa para recordar cómo los soviets, en una fase determinada, depositan su confianza en los mencheviques y social-revolucionarios reformistas. La misión histórica de los soviets sólo se realiza cuando los bolcheviques, después de una batalla tenaz, han conquistado la mayoría en su seno. Frente a la centralización de la burguesía y de su estado, el Partido Comunista sólo puede cumplir su papel si es un instrumento fuertemente centralizado y disciplinado. Los comunistas intervendrán centralizadamente en el seno de la clase obrera y de todas sus organizaciones, difundiendo sus ideas y objetivos.

Una nueva dimensión se va a incorporar a la lucha nacional del proletariado. En los estatutos aprobados en el segundo Congreso se afirma: «La guerra imperialista ha confirmado una vez más la verdad de lo que se podía leer en los estatutos de la I Internacional: la emancipación de los trabajadores no es una tarea local ni nacional, sino una tarea social e internacional.» En consecuencia con ello, la Internacional va a organizarse como partido mundial para la revolución: «La Internacional Comunista no ignora que, para llegar a la victoria, la AIT, que combate por la abolición del capitalismo y la instauración del comunismo, debe tener una organización fuertemente centralizada. La organización de la Internacional Comunista debe asegurar a los trabajadores de cada país la posibilidad de obtener en cualquier momento, por parte de los trabajadores organizados de otros países, toda la ayuda posible.»

El segundo Congreso se ocupará con cierta extensión del problema del trabajo de los comunistas en el seno del movimiento de masas y sus organizaciones, especialmente en el terreno sindical. Frente a los que proponen abandonar los sindicatos —que se encuentran bajo hegemonía de la socialdemocracia en la mayoría de países—, la Internacional Comunista se afirma en la necesidad de trabajar en el seno de estas organizaciones proletarias de masas para arrancarlas a la influencia de los dirigentes reformistas. Pero la Internacional Comunista también propone una renovación en el terreno de la organización del movimiento obrero: «La vieja subdivisión clásica del movimiento obrero en tres formas (partido, sindicatos, cooperativas) ha quedado sobrepasada. La Revolución Rusa proletaria ha suscitado la forma esencial de la dictadura proletaria, los soviets. La nueva división que propugnamos en todos lados es: primero, el partido; segundo, el soviet; tercero, el sindicato.» Esta rígida jerarquización, que tenía por objeto resaltar el papel del partido y la importancia de generalizar y reforzar la experiencia de los consejos, de hecho hará abstracción de las condiciones concretas (situaciones prerrevolucionarias abiertas o revolucionarias) en que puede tomar forma un fuerte movimiento de autoorganización de la clase obrera, y contribuirá a un planteamiento formalista de las relaciones partido-consejos-sindicatos. Por otra parte, en la resolución sobre el movimiento sindical leemos: «Los comunistas deben someter de hecho los sindicatos y los comités obreros al Partido Comunista, y crear así órganos proletarios de masas que servirán de base a un potente partido proletario centralizado...» Muchos sindicalistas, algunos de ellos provenientes de las poderosas corrientes sindicalistas-revolucionarias y anarcosindicalistas que se han creado desde principios de siglo en revuelta contra el oportunismo socialdemócrata, se sienten atraídos por la Internacional Comunista y algunos desean adherirse con sus sindicatos. El segundo Congreso decidirá formar una sección sindical de la Internacional Comunista, donde se agrupen los sindicatos bajo influencia comunista y las diversas tendencias sindicales influidas por la Internacional. En los estatutos queda prevista una forma de relación orgánica: los sindicatos revolucionarios enviarán representantes a través de sus respectivos partidos comunistas, la sección sindical tendrá derecho a enviar un representante al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, y éste un delegado con voz a la sección sindical. Estas decisiones van a crear rápidamente serios problemas con los sindicalistas, y una fuerte discusión en torno a la autonomía, sindical.

La Internacional Comunista se ocupa también en su segundo Congreso, por primera vez, de las cuestiones nacional y colonial. En las tesis aprobadas, en cuya redacción y discusión intervendrá activamente Lenin, se resalta la necesidad de que frente a los movimientos nacionales revolucionarios de carácter burgués y pequeño-burgués, los comunistas, organizados de forma autónoma, trabajen incansablemente por el despertar y la consolidación de la acción y organización independiente de los proletarios y el campesinado pobre. Esta es la tarea que la Internacional Comunista comenzaría a abordar, saliendo del estrecho marco europeo en que hasta ahora habían estado encerradas las internacionales obreras.

3. Las «21 condiciones» y la reestructuración del movimiento obrero.

Desde el final de la guerra mundial se habían sucedido los intentos de reconstrucción de la II Internacional. En febrero de 1919 se celebra en Berna una primera conferencia que constituye un gran fracaso. Los bolcheviques y los Partidos Socialistas italiano, suizo, servio y rumano rechazan la invitación. Muchas delegaciones llegan a la conferencia profundamente divididas, y los debates —sobre el talante de la guerra y la actitud a adoptar ante la República Soviética— profundizan esta división. En julio de este mismo año se reúnen, sin embargo, los sindicatos de influencia socialdemócrata, que ya organizan cerca de 18.000.000 de trabajadores y que ven aumentar sus efectivos sin cesar desde el final de la guerra, y fundan la que se conocerá como

«Internacional Sindical de Amsterdam».

Entre la conferencia de Berna y el segundo Congreso de la Internacional Comunista, se producen en gran parte de los partidos socialistas fuertes corrientes en favor de la adhesión a la III Internacional. En diciembre de 1919 el Congreso celebrado en Leipzig por el USPD se pronuncia por la dictadura del proletariado, basada en los consejos obreros contra la opinión de sus dirigentes oportunistas, rechaza la adhesión a la II Internacional y aprueba una resolución de compromiso entre las distintas tendencias. En esta resolución se llama a la creación de una nueva Internacional revolucionaria, que debe agrupar a los partidos de la III y otros socialistas revolucionarios que existan en otros países. En caso de que esto no sea posible, el USPD entrará en negociaciones con la Internacional Comunista. Los partidos socialistas italiano y noruego piden su adhesión a la Internacional Comunista. En el partido socialista francés se ha entablado un debate en el que expresa una creciente influencia de los partidarios de la Internacional Comunista. En el Estado español la discusión iba a abrirse en el PSOE, pero también en la CNT. En el Congreso que el PSOE celebra en diciembre de 1919, Besteiro, en nombre del Comité Nacional, presenta un informe donde se admite la necesidad de la dictadura del proletariado, aunque se especifica que no en todos los países debe tomar la misma forma. Sin embargo, propone seguir en el seno de la II Internacional. Encabezada por Daniel Anguiano, otra posición defiende en el Congreso la adhesión a la Internacional Comunista, tras la participación del PSOE en el siguiente Congreso de la II Internacional, donde se trataría de arrastrar al máximo de partidos posibles. La decisión final —quedarse provisionalmente en la II Internacional— es tomada por 14.010 votos contra 12.497. En el congreso de la CNT — que entonces representaba unos 700.000 afiliados, cerca de la mitad en Cataluña— se manifiestan fuertes tendencias pro Internacional Comunista, aunque la resolución final constituya una pura contradicción en sus términos. Ángel Pestaña asistirá al segundo Congreso de la Internacional Comunista. La Federación de Juventudes Socialistas, que también celebra su congreso en diciembre de 1919, aprueba la adhesión a la Internacional Comunista. El 15 de abril de 1920, convocada la Asamblea Nacional de la Federación, decide transformarse en Partido Comunista Español. «Renovación», órgano de las JJSS, se transformará en «El Comunista», órgano del PCE. Entre los dirigentes, encontramos a Ramón Merino, Juan Andrade, Dolores Ibárruri...

El segundo Congreso de la Internacional Comunista aprueba las «21 condiciones» de admisión en la Internacional como un arma para evitar la entrada en su seno de los viejos dirigentes oportunistas, que bajo la presión de sus partidos se ven obligados a aceptar el papel jugado por ésta. Se trata de impedir que la adhesión se transforme en un mero acto formal, que no cambie en nada la práctica de estos partidos. Las «21 condiciones» podemos resumirlas así: 1) carácter comunista de la propaganda y agitación a realizar, sometimiento de toda la prensa a la línea y control del partido; 2) sustituir los reformistas y centristas de los cargos de responsabilidad por comunistas seguros, aunque sólo sean trabajadores de base; 3) combinación de trabajo legal con el ilegal; 4) necesidad de trabajar en el seno del ejército; 5) trabajo en el campo; 6) denuncia del socialpatriotismo y social pacifismo, explicación de la inevitabilidad de las guerras imperialistas; 7) ruptura con los reformistas y centristas; la Internacional Comunista no puede admitir en su seno a los Turati, Kautsky, Hilferding, Longuet, Mac Donald...; 8) apoyo «en los hechos» a los movimientos de emancipación colonial; 9) trabajo organizado y centralizado en los sindicatos; 10) defender la ruptura de los sindicatos con la Internacional Sindical de Amsterdam; 11) depurar las fracciones parlamentarias y someterlas a la disciplina del partido; 12) aplicación del principio del centralismo democrático; 13) depuración periódica de elementos arribistas en los partidos legales; 14) apoyar cualquier república soviética ante una agresión contrarrevolucionaria; 15) adoptar un programa comunista, adaptado a las condiciones del país; 16) obligatoriedad de las resoluciones de los congresos y el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Estas deberán tener en cuenta las condiciones distintas de lucha de cada país, y los terrenos en que pueden ser obligatorias; 17) se deberá adoptar el nombre de Partido Comunista de... (sección de la III Internacional Comunista); 18) obligación de publicar todos los documentos importantes del Comité Ejecutivo; 19) convocatoria de un congreso extraordinario en el plazo máximo de los cuatro meses siguientes, para pronunciarse sobre las condiciones; 20) elección en el Congreso de un Comité Central en el que un mínimo de los dos tercios de sus miembros se hubieran pronunciado por la adhesión a la Internacional Comunista antes de la aprobación de estas condiciones. La condición vigésimo primera es modificada en el curso de la discusión sobre la base de una enmienda de Bordiga (comunista italiano «izquierdista»). Su redacción

quedará así: 21) «Los miembros del partido que rechacen las condiciones y las tesis establecidas por la Internacional Comunista deben ser expulsados del partido. Lo mismo vale para los delegados al congreso extraordinario». Los delegados votan bajo el optimismo revolucionario que preside el segundo Congreso, el conjunto de las condiciones. Pero la última condición significaba la escisión automática de los partidos socialistas en los congresos que discutieran la adhesión a la Internacional Comunista. El efecto de las «21 condiciones» así presentadas será de oscurecer en muchos casos la discusión política sobre la adhesión. Los dirigentes reformistas apelarán mucho más a las razones de no sometimiento a la «voluntad de Moscú» y contra la escisión, que a los argumentos políticos de fondo por los que se oponen a integrarse en la Internacional Comunista. Las escisiones que se producirán, antes producto de una discusión confusa que de una práctica clarificadora (por ejemplo, ruptura de la disciplina por los dirigentes reformistas), resultarán incomprensibles a los ojos de una parte importante de los trabajadores.

El éxito más importante de la Internacional Comunista lo constituye sin duda la victoria de sus partidarios en el seno del USPD en el congreso de Halle, en octubre de 1920. El USPD es entonces un partido con unos 800.000 miembros, que edita unos 54 diarios, posee una considerable influencia sindical, y en él militan los mejores cuadros obreros que ha producido la clase obrera alemana. Las dos tendencias que se enfrentan en el Congreso están al principio representadas paritariamente, pero la discusión y la magistral intervención de Zinoviev como presidente de la Internacional Comunista, inclinarán la votación por 237 votos contra 156 a favor de la aceptación de las «21 condiciones». La mayoría de los funcionarios sindicales se escinden con la derecha, pero un partido obrero comunista de medio millón de militantes está a punto de nacer. En diciembre la izquierda del USPD culmina la fusión con el KPD y así se forma el VKPD (Partido Comunista Unificado de Alemania), a cuya cabeza encontramos a Paul Levi, que goza de la confianza de los independientes. Pero otras escisiones tendrán un carácter muy distinto. En junio de 1920 un nuevo Congreso del PSOE ha aprobado la adhesión condicionada a la Internacional Comunista y ha enviado una delegación a Moscú en la que participan Anguiano y Fernando de los Ríos. Pero en el congreso extraordinario de febrero de 1921 Pablo Iglesias (ausente por enfermedad), Largo Caballero, Fernando de los Ríos, retornan a la batalla por la no adhesión. Ganan la votación por 8.808 votos contra 6.025, y los partidarios de la Internacional Comunista que cuentan con la mayoría de las agrupaciones de Vizcaya, Asturias y la nueva Federación de Juventudes abandonan el congreso para formar el Partido Comunista Obrero. Entre sus dirigentes estarán Anguiano, García Quejido, Lamonedá y Núñez Arenas, miembros de la comisión ejecutiva del PSOE y partidarios de la Internacional Comunista. La escisión, muy confusa en el terreno político, provocará en un año que los afiliados del PSOE pasen de unos 50.000 a menos de la mitad, sin que por ello pasen al PCO. La escisión ha coincidido con el comienzo del reflujo en la situación española. En Italia la izquierda del PSI, encabezada por Gramsci, Bordiga y Togliatti, apoyada por los delegados húngaros de la Internacional Comunista y contra la opinión de Paul Levi que se encuentra presente en el congreso, asume una escisión minoritaria que deja los dos tercios del partido en manos de Serrati. Este, que había asistido al segundo Congreso de la Internacional Comunista y aprobado las «21 condiciones», dice querer aplicarlas a las particularidades específicas del país y de uno de los partidos que durante la guerra no ha caído en el social patriotismo. La escisión también coincide en este caso (enero de 1921) con la derrota de las huelgas de Turín y el ascenso del fascismo. En diciembre de 1920 el Congreso del SFIO francés había aprobado la integración en la Internacional Comunista, contra el voto de Longuet.

Los socialistas austríacos, los restos del USPD y los longuetistas franceses se reunieron en Berna en diciembre de 1920, y en Viena, en febrero de 1921. Fundaron un comité internacional que fue llamado irónicamente Internacional 2 1/2, pues su principal característica fue la vacilación en todas las cuestiones importantes entre la II y la III Internacionales. El comité de Viena acabó reuniéndose con la Internacional Socialista.

4. La reorientación de la Internacional Comunista (tercero y cuarto congresos).

Muy pocos meses después del segundo congreso de la Internacional Comunista, la apreciación que éste había realizado de la situación política, se revelará profundamente errónea. Las tropas del ejército rojo son derrotadas en Varsovia, donde campesinos y trabajadores no lo reciben como un ejército revolucionario liberador, sino como un ejército «ruso» invasor. En octubre de 1920 se firmará el tratado de paz entre Polonia y la Unión Soviética. En Italia, Francia y Gran

Bretaña el reflujo ha comenzado. El año 1920 se revela como el momento de una inflexión en la ola revolucionaria que ha sacudido a toda Europa tras la Primera Guerra Mundial. En la Unión Soviética, finalizada la guerra civil, reinan el hambre y la miseria más espantosas en el sentido literal de la palabra. Desde finales de año Lenin se muestra mucho más prudente en la apreciación de la situación internacional, en contra de sus opiniones en el segundo congreso.

En los comienzos de 1921 un hecho vendrá a conmover a la Internacional Comunista, a los dirigentes bolcheviques, y a abrir una profunda discusión en la Internacional que marcará las resoluciones del tercer congreso: la llamada «acción de marzo» del VKPD. El Comité Ejecutivo de la Internacional no está demasiado seguro de que el Partido Comunista Unificado de Alemania haya modificado sustancialmente los métodos de rutina en la agitación y propaganda heredadas del USPD, frente a la situación que se desarrolla en Alemania. Radek abre entonces una polémica con Paul Levi, en que se entremezclan cuestiones tan diversas como la actitud crítica adoptada por éste ante la escisión del PSI, y la responsabilidad por la pasividad del VKPD. Pocas semanas tras la dimisión de Levi, descontento con la forma que toman las relaciones y los debates con el Ejecutivo, el VKPD se va a comprometer con el apoyo de los delegados de la Internacional en una desgraciada acción. En Sajonia el socialdemócrata Horsing anuncia su intención de hacer ocupar por la policía varias zonas industriales. Bajo el pretexto de poner orden en la zona, se trata de desarmar a los trabajadores, que han mantenido sus armas desde el putch de Kapp. El Comité Central, influido por Bela Kun, que se encuentra presente como delegado del Ejecutivo sin que estén claros los motivos, decide aprovechar la ocasión para desencadenar una ofensiva frente al gobierno sin considerar demasiado las condiciones concretas. Se ordenará a la organización de la zona el llamamiento a la Huelga General ante la ocupación y la preparación de enfrentamientos. Los comunistas de Sajonia se encuentran con una realidad: los trabajadores no están dispuestos a seguirles por este camino. Durante varios días, y con la participación activa de grupos armados simpatizantes del VKPD, se sucederán los enfrentamientos armados aislados con las tropas mientras la Huelga General sólo es seguida a medias, y el VKPD se esfuerza inútilmente en extender la lucha al resto del país. El VKPD ha caído en una provocación evidente, intentando transformar en ofensiva lo que debía ser una acción defensiva inscrita en una estrategia a más largo plazo. La derrota es aplastante y la represión se abate sobre el partido con una enorme dureza: suspensión de periódicos, centenares de condenas, millares de despidos se suceden... El resultado será que en algunas semanas, unos 200.000 miembros abandonarán el partido. Paul Levi, al que ha sustituido en la dirección del partido Brandler, encontrándose fuera de Alemania, tras las primeras noticias de la «acción de Marzo», escribe a Lenin señalando la catástrofe que amenaza al partido bajo la nueva dirección y acusando indirectamente a Bela Kun. Levi le cuenta a Lenin las conversaciones que había mantenido con Kun a su llegada: «Rusia se encuentra en una situación muy difícil. Es preciso que Rusia sea ayudada por movimientos en Occidente y, sobre esta base, el partido alemán es preciso que pase inmediatamente a la acción.» Pero Levi no se contenta con ello y edita públicamente una crítica a la actuación del partido, fustigando el izquierdismo que ha presidido sus decisiones, por lo que es inmediatamente expulsado. La mayoría del Comité Central del VKPD, primero, y el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, después, se encerrarán en una posición auto justificativa que tenderán a teorizar.

La «acción de Marzo» ha coincidido prácticamente con la discusión en el partido bolchevique sobre el papel de los sindicatos en la producción socialista. El malestar en la Unión Soviética ha llevado a la insurrección de Cronstadt, y el décimo congreso del partido bolchevique ha adoptado la Nueva Política Económica (NEP), presentada como un salto atrás necesario debido a las condiciones internas y externas en que se desenvuelve el primer estado proletario. Lenin y Trotsky, enfrascados en estos problemas, apenas siguen el desarrollo de los acontecimientos internacionales y la actuación del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Por declaraciones posteriores de Trotsky se sabe, sin embargo, que Lenin estaba alarmado del curso que habían tomado las cosas, y que antes del tercer congreso de la Internacional Comunista le propone emprender una batalla conjunta, revelándole sus dudas sobre la relación de fuerzas existente. En muy poco tiempo el «aparato» de la Internacional Comunista había adquirido sus propios reflejos, y sus orientaciones denotaban un izquierdismo mecánico indudable. Poco antes de la «acción de Marzo» el Comité Ejecutivo había condenado como oportunismo la iniciativa que el VKPD, todavía bajo la dirección de Levi, había emprendido, enviando una «carta abierta» al resto de organizaciones obreras para proponer la realización de acciones

conjuntas.

En el tercer congreso de la Internacional Comunista se abre una gran discusión, que tiene por objeto tanto hacer frente a la nueva coyuntura política abierta por el reflujó del movimiento revolucionario, como el combate contra las tendencias ultraizquierdistas que se han abierto paso desde sus inicios en la Internacional. Este debate significará una profunda reorientación de la Internacional bajo las lecciones de las experiencias que ha realizado en su todavía corta existencia. A veces la profundidad y significación del cambio quedará oscurecida, porque sus principales artífices –Lenin y Trotsky– se enfrentan a una mayoría hostil, y razones de pedagogía les obligan a fundarlo más en las modificaciones sufridas por la situación que en las verdaderas razones. Por lo demás, esta reorientación que abarcará el tercer y cuarto congresos de la Internacional Comunista, va ganando en claridad a medida que avanza la discusión y de ella resulta sin duda el período más fecundo de la III Internacional. Poco a poco se van perfilando los elementos fundamentales de una estrategia y una táctica revolucionarias para la era de la crisis del imperialismo. Más tarde, en su obra «La Internacional Comunista después de Lenin», Trotsky explicará así el giro emprendido por la Internacional en su tercer congreso: «Los terribles acontecimientos de marzo de 1921 mostraron que el partido (alemán) no contaba todavía con fuerzas suficientes para cumplir sus objetivos (la lucha por el poder). Fue preciso volverse hacia la lucha por las masas antes de empezar otra vez la lucha directa por el poder. Este giro se realizó con dificultades, pues contradecía la nueva tradición. En el partido ruso, actualmente, se tiende a recordar todas las divergencias de puntos de vista, por insignificantes que sean, en el partido o en el Comité Central. Quizá convendría acordarse de la gran divergencia que se expresó en el tercer congreso de la Internacional Comunista. Ahora es evidente que el giro conseguido entonces bajo la dirección de Lenin, a pesar de la resistencia encarnizada de una parte importante y al comienzo de la mayoría del congreso, salvó literalmente a la Internacional Comunista del aplastamiento y la disgregación que la amenazaban por el izquierdismo automático, acrítico, que, en muy poco tiempo, había llegado a configurarse como una tradición.»

El tercer congreso, en las «Tesis sobre la situación mundial y las tareas de la Internacional Comunista», analiza la evolución de la situación internacional. Este documento empieza por recorrer los principales hechos del movimiento revolucionario que ha seguido a la primera guerra mundial, para constatar que, a pesar de todo, la ola revolucionaria no ha logrado derribar el capitalismo internacional ni el europeo. Resalta que entre el segundo y tercer congresos de la Internacional Comunista se han producido además una serie de reveses parciales (la derrota del ejército rojo en Varsovia, la derrota de las luchas del proletariado italiano, el levantamiento de Marzo en Alemania), para sacar la siguiente conclusión: «El primer período del movimiento revolucionario tras la guerra se ha caracterizado por su violencia elemental, por la significativa imprecisión de sus objetivos y métodos y por el pánico que se ha apoderado de las clases dominantes; este período parece haber concluido en gran parte.» Se constata una cierta recuperación de la confianza de la burguesía en sus propias fuerzas, que se traduce en una ofensiva en el terreno económico y político. Las tesis se hacen abiertamente la pregunta: ¿podrá la burguesía restablecer el equilibrio de la situación?, ¿estaremos en vísperas de un nuevo período de desarrollo del capitalismo? Las respuestas aportadas por el tercer congreso desarrollan lo que los análisis de los primeros congresos tienen de válido como apreciación del momento histórico por el que pasa el capitalismo, pero intentando aproximarse de una forma mucho más matizada a la coyuntura concreta. La guerra imperialista ha demostrado efectivamente la entrada del capitalismo en su última fase histórica. El proletariado está en condiciones de acabar con el capitalismo, y si no lo hace, el período que se abre estará marcado por crisis económicas periódicas que la burguesía intentará solventar a costa de la sobreexplotación de los trabajadores, nuevas guerras, explotación de los países coloniales, dictaduras... La lucha del proletariado muestra una cierta inflexión. Es lógico, pues la burguesía no se mantiene pasiva, también combate, y sus victorias llevan al campo de los trabajadores una cierta desmoralización. Pero la revolución, con altos y bajos, de forma más lenta o más rápida, va a seguir avanzando determinada por las condiciones del período. Por fin, «la tarea del Partido Comunista en la crisis que se atraviesa es dirigir los combates defensivos del proletariado, ampliarlos, agruparlos y transformarlos –teniendo en cuenta el proceso de su desarrollo– en combates políticos por el objetivo final».

El congreso adoptará dos resoluciones clave, las «Tesis sobre la táctica» y las «Tesis sobre la estructura, los métodos y la acción de los partidos comunistas». Bajo la consigna general «hacia las masas», que preside todo el congreso, estas resoluciones fijarán el problema político más

importante que se presenta a los partidos comunistas: conquistar la influencia de la mayoría de la clase obrera. Hay que saber insertarse en todas las luchas de los obreros, por parciales que puedan ser; hay que saber definir en cada momento las reivindicaciones que responden a las necesidades más vitales de las masas, por elementales que puedan parecer. Los comunistas deben distinguirse de los otros partidos en que son los más consecuentes defensores de cada lucha y de cada reivindicación de los trabajadores, conquistar así la dirección y la confianza de todos los sectores. Al formular cada reivindicación parcial o llamar a la lucha, los comunistas nunca deben partir de la consideración de lo que la burguesía está dispuesta a conceder, sino de las necesidades y los deseos de lucha del movimiento. Sólo de esta forma los comunistas podrán elevar el nivel de conciencia y de organización de la clase obrera, llegándole a penetrar de la idea de que «si quiere vivir, el capitalismo debe morir». Toda la agitación y la propaganda comunistas, a la vez que hacen hincapié en cada objetivo concreto, resaltarán esta idea, tratando de transformar las luchas en una ofensiva general contra el capitalismo, preparando la lucha por la conquista del poder por los trabajadores.

El congreso hace un balance de la «acción de Marzo», y aunque saluda la acción como un paso adelante, centra su crítica en el hecho de que al no «haber resaltado claramente el carácter defensivo de esta lucha, por su consigna de ofensiva el VKPD dio a los enemigos sin escrúpulos del proletariado, a la burguesía, al partido socialdemócrata y al partido independiente una excusa para denunciar a los comunistas ante los trabajadores como putschistas». El congreso ratifica la expulsión de Levi, pero únicamente por haber infringido la disciplina del partido alemán. En el congreso se definirá a los partidos comunistas como partidos de «ofensiva contra el capitalismo», pero se remarcará que la «cuestión de definir si el Partido Comunista debe emplear la ofensiva o la defensiva depende de las circunstancias concretas», contra los partidarios de la «teoría de la ofensiva», representados por una buena parte del Comité Central alemán, algunos miembros del Comité Ejecutivo y un sector importante del congreso.

El tercer congreso se ocupó extensamente del trabajo en el seno de las organizaciones de masas y en especial del trabajo sindical. Las formulaciones de los primeros congresos habían ayudado a cometer determinados errores, que ahora encontraban su cristalización en las posiciones defendidas sobre todo por el KAPD y el italiano Bordiga. Así, era evidente que el cambio en la situación implicaba el reflujo de las formas de organización tipo consejos que con el ascenso de la ola revolucionaria habían proliferado. Sin embargo, algunas corrientes tendían a teorizarlos como la nueva forma de organización que ofrecía el remedio al problema de la burocratización de los sindicatos, que permitía a los revolucionarios abandonar el trabajo en su seno, contraponiéndoles la forma de organización consejista. En la resolución «La Internacional Comunista y la Internacional Sindical Roja», se insistirá en que los sindicatos son «una organización masiva del proletariado, que tiende a englobar sin excepción a todos los obreros de cada rama industrial; no sólo a comunistas conscientes, sino a todos los obreros de conciencia media e incluso retrasada, que aprenden sólo poco a poco y en su práctica el comunismo». El deber de los comunistas «es explicar a todos los proletarios que la solución (a la burocratización de los sindicatos) no consiste en salirse de los viejos sindicatos para crear nuevos o dispersarse y permanecer desorganizados, sino revolucionar los sindicatos, desplazar el espíritu reformista y la traición de sus líderes oportunistas, para convertirlos en un arma activa del proletariado revolucionario». La resolución afirma que «la mejor medida de la fuerza de un partido comunista es la influencia real que ejerce sobre las masas de obreros sindicados». Se critican las concepciones de apoliticismo o neutralidad de los sindicatos, pero empiezan a desaparecer las fórmulas de los primeros congresos de subordinación formal al partido de los sindicatos y los comités de empresa: «Sólo por un trabajo continuado, sin desfallecer y con una gran dedicación de los núcleos comunistas en el seno de los sindicatos, el partido puede llegar a crear una situación en que los sindicatos sigan voluntariamente y con agrado los consejos del partido». El congreso aprobará la formación de la Internacional Sindical Roja, que debe agrupar a los sindicatos bajo influencia revolucionaria y las tendencias minoritarias de los sindicatos agrupados en la Internacional de Amsterdam. El primer congreso de la Internacional Sindical Roja se realizará poco después del tercero de la Internacional Comunista, y aprobará un programa de acción cuyas líneas generales coinciden con el propuesto por el congreso de la Internacional Comunista. Sin embargo, la complejidad de la táctica de la Internacional Comunista en el terreno sindical, unida a las provocaciones constantes de la burocracia en los sindicatos, hacen que la práctica inexperta de algunos partidos desemboque en escisiones sindicales, inevitables en algunos casos, injustificadas en otros.

Un problema central queda pendiente en el tercer congreso: la actitud de los partidos comunistas en el terreno de la acción frente al resto de fuerzas obreras y la respuesta a dar al potente

sentimiento unitario que se abre paso en el seno de la clase obrera ante la ofensiva capitalista. Entre el tercer y cuarto congresos el Comité Ejecutivo elaborará la política del Frente Único, que, una vez más, justificada en principio por la coyuntura concreta por la que atraviesa la revolución, significará de hecho el rescate consciente de otro elemento clave de la estrategia revolucionaria presente en la acción de los bolcheviques en la Revolución Rusa. La reorientación de la Internacional Comunista habrá alcanzado su primera fase (y también última, pues después el proceso quedaría truncado), con la adopción de la «Resolución sobre la táctica de la Internacional Comunista» y las «Tesis sobre la unidad del frente proletario».

La ofensiva capitalista se agrava y toma la forma de un ataque directo a las conquistas realizadas por los trabajadores en el período anterior. La cadena de escisiones (políticas y sindicales), que ha abierto la formación de los partidos comunistas en ruptura con las viejas direcciones del movimiento obrero, ha coincidido en parte con el comienzo del reflujo obrero. Los oportunistas aprovecharán al máximo esta situación para acusar a los comunistas ante los trabajadores como los responsables de rupturas que debilitan al movimiento obrero frente a la burguesía, probando a ocultar así todas las responsabilidades de su claudicación. Esta situación coincide con un doble fenómeno: los trabajadores más conscientes se agrupan tras los partidos comunistas, pero, a la vez, grandes sectores de trabajadores que despiertan bajo las consecuencias de la crisis a la vida política, grandes masas hasta ahora medio pasivas, entran en la lucha con grandes ilusiones sobre los partidos reformistas. «Quieren verificar, la mayoría de las veces, por su experiencia personal, el valor, del programa político del reformismo» y tienen, sobre todo, un «irresistible deseo de unidad». ¿Cómo responder a esta situación? Se trata de que los comunistas sepan hacerse los defensores de la máxima unidad de los trabajadores frente a la burguesía y el capitalismo. Los partidos comunistas deben dirigirse a todos los trabajadores y a las mismas direcciones oportunistas del movimiento obrero, proponiéndoles luchar conjuntamente contra todos los ataques del capital, realizar la «unidad más absoluta del frente proletario». Sólo exigirán en contrapartida plena independencia política y libertad de crítica antes, durante y después de las acciones emprendidas. Si los reformistas se niegan a emprender ninguna acción común, demostrarán que están antes por la unidad con la burguesía que por la unidad de los trabajadores, y su demagogia perderá toda credibilidad. Si aceptan, por parcial que pueda parecer la acción, significará un paso adelante en la confianza de los trabajadores en sus propias fuerzas, que sólo puede ayudar al progreso de su conciencia y a la ruptura con los líderes traidores. De esta forma, los comunistas se dan un arma poderosa para demostrar a través de la práctica las inconsecuencias de los reformistas y aumentar la influencia de los revolucionarios. Esta política, prolongada al terreno sindical, exigía no sólo la unidad de acción de las organizaciones sindicales, sino la batalla de los comunistas por la consigna del logro de la unidad sindical, pues el sindicato es por definición el arma de lucha de todos los trabajadores. Por primera vez encontraremos esta consigna claramente formulada en el IV Congreso de la Internacional Comunista.

En febrero de 1922, un Comité Ejecutivo ampliado aprueba una serie de resoluciones sobre esta orientación. Una fuerte resistencia se hace patente, sobre todo en los partidos comunistas francés e italiano, que denuncian la política de frente único como una claudicación oportunista frente a las direcciones con que han tenido que romper todavía hace poco tiempo. Pero la Internacional Comunista, dentro de esta orientación, aceptará la participación en una conferencia internacional que debe reunir a la II Internacional, la Internacional II 1/2ª y la Internacional Comunista. Sus resultados serán muy pobres, porque las propuestas de acción de la Internacional Comunista se enfrentan a las «condiciones» que pone la II Internacional para seguir las discusiones: garantías contra la táctica de trabajo de núcleos comunistas en las organizaciones de masas, discusión sobre la invasión de Georgia por el Ejército rojo y el proceso contra los socialistas revolucionarios rusos. A pesar de todo, se llegará a hacer un llamamiento conjunto para el 1 de mayo que constituirá un éxito, pero poco después la Internacional Comunista retirará sus delegados en vista de la imposibilidad de avanzar. Sin embargo, la política de frente único va a ser, a partir de ahora, una de las bases de la actuación de las secciones nacionales.

El IV Congreso aprobará también la utilización de la consigna de «gobierno obrero» como una consecuencia de toda la política de frente único, saldando así una discusión abierta en la Internacional desde que al día siguiente del «putch» de Kapp el partido comunista alemán había debido hacer frente a una propuesta de formar un gobierno de los tres partidos obreros, sin saber exactamente cómo responder. Las secciones de la Internacional Comunista utilizarán a partir de entonces la consigna «gobierno obrero» como una consigna de propaganda general.

Y en los países en que la situación política pone la cuestión de quién debe gobernar al orden del día, los comunistas opondrán esta consigna a los intentos de la socialdemocracia de buscar y formar gobiernos de coalición con la burguesía. Los comunistas defenderán que un gobierno obrero debe plantearse como programa elemental a realizar el armamento de los trabajadores, el desarme de las organizaciones burguesas contrarrevolucionarias, instaurar el control de los trabajadores sobre la producción, hacer caer sobre los ricos el peso de los impuestos y vencer la resistencia contrarrevolucionaria de la burguesía. Un gobierno así sólo puede formarse a partir de las luchas de los trabajadores, y deberá apoyarse, para tener éxito, en sus órganos de combate. Pero para la Internacional Comunista un gobierno obrero que resulte de una combinación parlamentaria «puede dar la ocasión de reanimar el movimiento obrero revolucionario». Sin embargo, no hay que confundir cualquier gobierno de partidos u organizaciones obreras con un verdadero gobierno obrero, pues algunos sólo esconden la colaboración con la burguesía (Alemania). Los comunistas declararán estar dispuestos a formar parte de un verdadero gobierno obrero, es decir, si hay garantías de su enfrentamiento con la burguesía.

El III y el IV Congresos de la Internacional Comunista dedicaron especial atención al trabajo de organización de la juventud y de las mujeres. Fue creada la Internacional de las Juventudes Comunistas y un secretariado femenino internacional. El Comité Ejecutivo y los congresos intervinieron en los numerosos conflictos aparecidos en el seno de los partidos nacionales y ayudaron a la fusión de las organizaciones comunistas de diversos países. Según sus propios datos, la Internacional contaba entonces con cerca de 60 secciones, más de tres millones de militantes y unos 700 periódicos. La Internacional Comunista había dejado de ser una organización exclusivamente europea para penetrar en todos los continentes, aunque sus discusiones seguían siendo fundamentalmente europeas.

Pero con el IV Congreso es también toda una etapa del movimiento obrero internacional la que se cierra.

III. LA INTERNACIONAL COMUNISTA BAJO STALIN: V, VI Y VII CONGRESOS

1. Las dificultades del Estado Soviético y la derrota del 23 en Alemania.

Mil novecientos veintitrés es un año decisivo para la Internacional Comunista. En 1923, bajo el efecto de las dificultades crecientes que experimenta el Estado Soviético, con Lenin marginado de la vida política activa por su enfermedad, estallará abiertamente el conflicto que va a oponer a Trotsky y la oposición de izquierdas al resto de la dirección bolchevique. Y también en este mismo año, ante una situación revolucionaria excepcional, el Partido Comunista de Alemania fracasa en su intento de transformarla en la toma del poder por la clase obrera. Tras este fracaso se abrirá en Europa una situación de estabilidad relativa durante varios años. Ambos hechos van a marcar profundamente la vida de la Internacional.

En Rusia, la guerra civil había acabado en los años 20-21. Pero el resultado de la guerra había sido una disminución enorme de la producción agrícola e industrial. La NEP, adoptada en el X Congreso del partido, había sido concebida como una retirada económica transitoria, a la espera de que el avance de la revolución internacional ayudara a superar las dificultades en que se encontraba el estado proletario. El restablecimiento de la libertad de comercio para los excedentes agrícolas, del artesanado y de la pequeña industria privada, significaban el peligro de ver reproducirse la acumulación privada de capital y estimular un auge de la pequeña burguesía, pero los bolcheviques esperaban poder combatir con éxito estos peligros. Sin embargo, un fenómeno no previsto empieza a tomar cuerpo en el seno del aparato del estado y del mismo partido soviéticos. Una capa privilegiada, que empieza a defender los privilegios de todo orden que acumula en la sociedad soviética, comienza a sustituir progresivamente, por su propio poder, el ejercicio del poder político y económico por la clase obrera a través de sus organizaciones y en especial de los consejos. En las luchas de la oposición obrera en 1921, este peligro había empezado a ser denunciado. A partir de 1921 es el mismo Lenin quien concede cada vez más importancia a este fenómeno, y hasta el momento de su muerte no cesa de prevenir al partido contra él. La debilidad del proletariado por el descenso de la producción industrial, la despolitización que crean las condiciones materiales desfavorables, la

desaparición física de una parte importante de la vanguardia obrera que ha muerto combatiendo en el Ejército rojo, la absorción de otra parte por el aparato de estado y el partido, han creado una situación en que el fenómeno de burocratización del Estado Soviético crece a pasos agigantados. En el X Congreso del partido bolchevique, Lenin ya ha caracterizado al país de los soviets como un «Estado obrero burocráticamente deformado». En su último artículo, escrito el 2 de marzo de 1923, podemos leer: «Nuestro aparato estatal se encuentra en un estado tan lamentable, por no decir detestable, que primero debemos reflexionar profundamente en la manera de luchar contra sus deficiencias, recordando que las raíces de éstas se encuentran en el pasado...»

En el XII Congreso del partido bolchevique, celebrado en marzo de 1923, comienza una discusión que se prolongará a lo largo de los años salientes. Para Trotsky, un peligro amenaza el desarrollo económico de la Unión Soviética: el fenómeno conocido como de las «tijeras». Mientras los precios de los productos agrícolas bajan por la presión de un rápido desarrollo de la producción agrícola en relación a la producción industrial, los productos industriales suben bajo la presión de una demanda mayor a la oferta que existe de ellos. Con la libertad de comercio, los campesinos ricos, los comerciantes particulares y especuladores, están acumulando la mayor parte del excedente y de los fondos de acumulación en sus manos. Trotsky y la oposición de izquierdas proponen en esta situación emprender una industrialización trazada sobre la base de un plan y apoyada por una política de precios y de impuestos que recayeran sobre estas capas. Sin embargo, la respuesta del resto de la dirección será que se exagera el peligro de los «kulaks» (campesinos ricos) y que la política propuesta amenazaría la alianza de la clase obrera con los campesinos. Trotsky escribirá más tarde sobre esta discusión: «En esta manera de abordar las cosas se hacía sentir ya la presión de las nuevas capas burguesas, que se formaban a base de la NEP, que se ligaban con los cuadros del Estado...» Junto a esta discusión, la oposición de izquierdas se forma levantando la bandera de la democracia obrera en el seno del Estado soviético y en el seno del partido, donde poco a poco la discusión interna va siendo ahogada y sustituida por maniobras y combinaciones de pasillo. En enero de 1923, el Ejército francés ocupa el Ruhr alemán como represalia por el impago de las reparaciones de guerra. El gobierno Cuno llama a la resistencia pasiva de la población, mientras se vive en toda Alemania un ambiente que favorece el desarrollo de las fuerzas nacionalistas de extrema derecha. La ocupación abre en todo el país una crisis sin precedentes, con grados de descomposición social nunca alcanzados por ninguna sociedad industrial moderna. El dato más espectacular de esta crisis lo constituye la inflación galopante, permitida conscientemente por la burguesía, que espera que la catástrofe a la que se ve abocada toda la economía pondrá al estado a sus pies. En febrero un huevo cuesta unos 300 marcos; a mitad de julio, 3.400; el 5 de agosto, 12.000; el 8 de agosto, 30.000... Los comercios y almacenes acaban subiendo los precios de hora en hora. Bajo esta espiral infernal, el poder adquisitivo de los salarios de los trabajadores se reduce de hecho a una cuarta parte del anterior a la guerra. El número de parados y de hombres y mujeres reducidos a la indigencia más absoluta aumenta por momentos. El crecimiento del partido comunista en esta situación es vertiginoso, el reclutamiento de nuevos militantes se cuenta por miles en cada localidad importante. Pero, sobre todo, los militantes comunistas ganan influencia día a día en los sindicatos y van conquistando fuertes posiciones en su aparato. Un poderoso movimiento de consejos de fábrica se abre paso en todas las empresas importantes, y la influencia del KPD en su interior es determinante. A iniciativa del KPD se formarán las «centurias proletarias», verdaderas milicias obreras con una organización admirable. El 1 de mayo en Berlín, la manifestación la encabezan 25.000 trabajadores formados, con brazaletes rojos, pertenecientes a las centurias. El KPD se esforzará en hacer de ellas órganos de frente único y, a pesar de la resistencia de los dirigentes socialdemócratas, numerosos trabajadores del SPD e independientes participarán en ellas. El nacionalismo de ultraderecha crece, sin embargo, paralelamente y de forma todavía más espectacular. En septiembre de 1923, el partido nacional-socialista, bajo las órdenes de Hitler, cuenta con unos 50.000 miembros y unas SA fuertemente armadas, ayudadas y protegidas por oficiales del Ejército. A comienzos del verano la temperatura del ambiente crece sin cesar y estallan huelgas y manifestaciones por doquier. En muchas ocasiones, las direcciones socialdemócratas son abiertamente desbordadas y son los Consejos, bajo la dirección de los comunistas, quienes se hacen con la dirección de las luchas.

El 29 de julio, el KPD ha propuesto realizar una jornada de lucha antifascista. Frente a las prohibiciones del gobierno, el Comité Central vacila sobre el carácter que ha de darse a la jornada, y Brandler consultará al Comité Ejecutivo de la Internacional. De entonces data la significativa respuesta de Stalin, que hasta entonces apenas había seguido los

acontecimientos internacionales y que responde en esta ocasión a instancias del Comité Ejecutivo, que consulta la opinión de los dirigentes soviéticos: «Si hoy en Alemania el poder, por así decirlo, cayera y si los comunistas lo quisieran tomar, fracasarían con grandes pérdidas. Esto en el “mejor” de los casos. En el peor serían destrozados... En mi opinión se debe frenar a los alemanes y no estimularlos.» La jornada antifascista, realizada en forma de mítines en todo el país, tendrá un éxito considerable. Pero las vacilaciones de la dirección revelan una desorientación sobre la situación política que se desarrolla en Alemania, que la burguesía – alarmada por el clima creciente de guerra civil– está lejos de compartir. El día 9 de agosto estalla en Berlín un movimiento de huelga general que en tres días obliga a dimitir al gobierno Cuno. La burguesía cambia entonces diametralmente de orientación y apoya la formación de un gobierno de coalición con los socialdemócratas que va intentar emprender la estabilización de la situación. El KPD ha sostenido la huelga con todas sus fuerzas y ha ayudado a la centralización de los consejos, que, reunidos, han formulado sus exigencias. Entre ellas, la dimisión del gobierno Cuno, el levantamiento de las prohibiciones que pesan sobre las «centurias», la formación de un gobierno obrero y campesino... Pero la amplitud y combatividad de la huelga han sorprendido a la dirección, y ante la formación del gobierno de coalición, el Comité Central queda al principio desorientado. Nadie duda ahora, sin embargo, que la revolución alemana ha entrado en una fase decisiva, y la dirección del KPD se traslada a Moscú a discutir las perspectivas con los dirigentes de la Internacional. En principio existe un acuerdo unánime; se trata de orientarse decididamente hacia la insurrección, y el KPD debe prepararse. Se traza un plan que tiene como punto clave el apoyo en el Gobierno socialdemócrata de izquierdas que existe en la región de Sajonia: los comunistas entrarán en el gobierno, que marcha inevitablemente hacia una confrontación con el Ejército (que ha exigido de éste el desarme de las centurias proletarias), sobre la base de una propuesta de frente único que debe implicar el compromiso de desarrollar las «centurias» y los consejos.

La agresión contra Sajonia será la señal para el desencadenamiento de la huelga general y su transformación en insurrección en toda Alemania. Por primera vez una insurrección va a ser preparada técnicamente durante largo tiempo y con medios considerables (entre ellos la ayuda valiosa de especialistas militares de la Unión Soviética). Pero la forma en que van a ser llevados estos preparativos supondrá una monumental acumulación de errores en todos los terrenos. Decenas de miles de militantes abandonan sus trabajos para pasar a la clandestinidad y concentrarse en pisos que van a funcionar como cuarteles generales desde los que va a ser preparada la insurrección. El KPD entra a formar parte del gobierno de Sajonia, en el que participa su propio secretario, Brandler. Pero cuando el Ejército da su ultimátum al gobierno de Sajonia y anuncia su intención de entrar en la región, los socialdemócratas se niegan a llamar a la huelga general. Una asamblea de los sindicatos, consejos, etc., bajo la influencia de los socialdemócratas, tampoco se pronuncia por la respuesta inmediata. La dirección del KPD vacila y sin un plan de recambio anula la orden de la insurrección. Por razones todavía no aclaradas ésta se desencadenará, sin embargo, en Hamburgo, donde los militantes comunistas combaten en las calles mientras las fábricas trabajan a ritmo lento y la población, aunque demuestra su simpatía por los insurrectos, se mantiene pasiva. Analizando esta catástrofe, que quebrará el partido comunista alemán, Clara Zetkin escribiría más tarde: «El partido no comprendió cómo transmitir a las masas la conciencia de las relaciones entre sus sufrimientos crecientes y la conquista del poder. Tampoco comprendió otra cosa: la necesidad de crear bastiones sólidos, organizados para acciones de masas. No ha centralizado suficientemente los consejos de empresa y sobre todo no los ha politizado. No ha hecho de ellos órganos primero de reagrupamiento y después órganos de las masas activas. Y olvidó una tercera cosa: dirigir la voluntad de las masas hacia la guerra civil...» A pesar de la imprecisión, el texto es significativo.

La derrota del 23 en Alemania fue la señal para que una fuerte discusión se abriera en la Internacional Comunista. Pero esta discusión jamás será un verdadero debate: el bloque Zinoviev, Kamenev, Stalin (la troika), que en el seno del partido bolchevique se ha formado contra Trotsky y la oposición incipiente, harán de esta discusión un debate de justificaciones y buscarán en el seno de la dirección del KPD chivos expiatorios. Esta dirección será removida con la intervención directa del Comité Ejecutivo de la Internacional y Brandler será sustituido en la secretaría general del partido.

2. Las «aventuras» revolucionarias del 24 al 25.

Como ya se ha citado, el año 1923 estará caracterizado por el cambio brusco de la situación

internacional. El fracaso alemán permite a la burguesía recuperar la situación alemana y consolidar la estabilización que ya se había empezado a desarrollar en toda Europa. Las esperanzas que la espera de la revolución alemana habían levantado en toda Rusia se ven así frustradas y rápidamente se recrudescen la acritud de las contradicciones y el debate.

En Bulgaria se ha producido también otro fracaso de una sección de la Internacional en el que además, igualmente, está comprometida su dirección. En junio, coincidiendo con la crisis alemana, ha sido derrocado el gobierno por un golpe derechista. El Partido Comunista de Bulgaria ha repetido el error del KPD en el «putch» de Kapp y ha permanecido «neutro» ante la situación. La dirección Koralov-Dimitrov deja pasar una situación favorable para embarcarse después en un curso subjetivista, que finaliza con el aplastamiento de la insurrección búlgara en septiembre, un mes antes de la derrota alemana.

El V Congreso de la Internacional Comunista se celebrará en junio-julio de 1924, bajo el doble signo de las derrotas revolucionarias en Europa, la estabilización de la situación y la crisis que se desarrolla en el primer estado obrero y el partido bolchevique. Desde los comienzos del año, las discusiones en la Internacional han estado envenenadas por el deseo de Zinoviev de ahogar toda crítica al Comité Ejecutivo de la Internacional y por los intereses de la «troika» (Zinoviev-Kamenev-Stalin) en la lucha contra Trotsky y la oposición del partido bolchevique. De una forma sistemática se emprende la lucha contra el «brandlerismo» y el «trotskismo». Por una parte, la dirección del KPD es sustituida por una dirección de «izquierda» (R. Fischer-Maslow); por otra se van eliminando en las secciones nacionales los núcleos críticos o que mantienen simpatías por Trotsky (en Francia, Rosmer, Monatte...; en Polonia, Warski, Walecki, Kostrzewa...). Aunque se elevan protestas contra los nuevos métodos y ambiente de la Internacional, el prestigio y la autoridad del partido bolchevique y su dirección siguen siendo enormes y llevan, en numerosas ocasiones, a la aceptación en última instancia de sus imposiciones. Una generación de cuadros acrílicos, y muchas veces sin ni siquiera una capacidad real, irá naciendo poco a poco de todo este proceso, cambiará radicalmente el carácter de la Internacional fundada por Lenin y la someterá al dictado de los dirigentes de Moscú.

Las derrotas del año 23 no son reconocidas ni en su amplitud ni en sus efectos por la Internacional Comunista, que sigue analizando la situación en términos de continuación del ascenso revolucionario. Junto a ello el V Congreso empezará a poner las bases de un curso izquierdista y sectario en ruptura con las resoluciones del cuarto. El IV Congreso había denunciado el peligro del fascismo, que no sólo había analizado como un enemigo mortal de la clase obrera, sino como una fuerza que se dirigía «contra las mismas bases de la democracia burguesa». Desde este punto de vista había señalado que «una de las tareas más importantes de los partidos comunistas es organizar la resistencia al fascismo internacional, colocarse en cabeza de todo el proletariado en la lucha contra las bandas fascistas y aplicar enérgicamente en este terreno la táctica de frente único». El V Congreso emprende otro camino en el análisis. En sus tesis podemos leer: «Cuanto más se descompone la sociedad burguesa y todos los partidos burgueses, sobre todo la socialdemocracia, toman un carácter más o menos fascista... El fascismo y la socialdemocracia son las dos caras de un único instrumento de la dictadura del gran capital». Por otro lado, el Congreso convierte, a partir de un análisis superficial de los errores del KPD en la aplicación del frente único, la táctica elaborada por los anteriores congresos de la Internacional en un método de «desenmascaramiento» y denuncia que sólo debe ser aplicado «desde la base».

La orientación de la Internacional en los años 1924-25 tuvo por resultados una profundización en muchos lugares de los efectos desmoralizadores de las derrotas sufridas y un aislamiento de los partidos comunistas. Esta orientación se salda además por una nueva derrota en Estonia en diciembre de 1924, significativa del estado de la Internacional. En Estonia, pequeño país que ha llegado a ser independiente en 1918, a raíz de la Revolución de octubre, se desarrolla una situación extraordinariamente favorable para una toma del poder revolucionaria. Los comunistas tienen la hegemonía de los sindicatos obreros y una importante influencia entre los campesinos; la crisis de la burguesía adquiere proporciones catastróficas. La brutal represión del gobierno, que no encuentra otros medios para hacer valer su autoridad, da lugar en noviembre a un proceso monstruo de 149 comunistas que se combina con el asesinato en la calle de líderes obreros. El Partido Comunista de Estonia, que desde el verano se ha orientado hacia la preparación de la insurrección, rehuye llamar a cualquier acción de respuesta en esta situación (para evitar dar la alarma sobre los preparativos insurreccionales! Poco después se desarrollará la insurrección que el partido ha preparado «clandestinamente» a los ojos de todo el movimiento de masas y de sus propios militantes. Esta aventura acabará con un aplastamiento sangriento de los obreros estonianos. La discusión posterior

hará recaer todos los errores sobre la dirección de partido estoniano, pero la realidad es otra. Desde hace tiempo ha empezado una pugna sorda en el seno de la «troika» entre Zinoviev y Stalin. Uno, apoyado en el aparato del partido; el otro, en el de la Internacional. Zinoviev, deseoso de conseguir una victoria de la revolución internacional que le ayude en esta pugna, ha sido el directo responsable de la preparación del levantamiento que ha ocultado cuidadosamente al Comité Central bolchevique y al mismo Comité Ejecutivo.

3. La teoría del «socialismo en un solo país» y el giro oportunista de los años 1926-27. El comité anglo-ruso y la cuestión china.

Finales de 1923 y el año 1924 han transcurrido en la Unión Soviética entre las escaramuzas de la «troika» contra la oposición. A finales de 1923, Trotsky ha emprendido con fuerza la denuncia de la burocratización del partido en sus artículos de *Pravda*, que reunirá bajo el título de «Nuevo Curso». A comienzos del 24, la XIII Conferencia del partido bolchevique, cuya representación ha sido falsificada (la oposición sólo tiene tres delegados), confirma la autoridad de la «troika». La campaña contra el «trotskismo» arrecia. En octubre de 1924, Trotsky publicará «Lecciones de octubre», donde con motivo de una valoración de la experiencia histórica de los bolcheviques volverá a ocuparse del fracaso alemán y el problema del partido. La obra será inmediatamente retirada de las librerías y la respuesta prohibida. Es entonces cuando Stalin define los pecados capitales del «trotskismo»: «1. La revolución permanente (en el sentido trotskista) es la revolución que no tiene en cuenta a los pequeños campesinos como fuerza revolucionaria. La revolución permanente consiste, empleando los términos de Lenin, en “saltar” por encima del movimiento campesino o en “jugar con la toma del poder”. 2. El trotskismo significa desconfianza hacia el partido bolchevique. 3. El trotskismo significa desconfianza hacia los jefes del bolchevismo y un intento de desacreditarlos» (discurso del 19 de noviembre de 1924). Poco después, Stalin añadirá que la teoría de la revolución permanente es la «desesperanza permanente», y acuñará la nueva fórmula que va a convertirse en el centro del debate durante mucho tiempo: la «construcción del socialismo en un solo país».

Stalin ofrece una fórmula pragmática a la mezcla de antiguos funcionarios, recién llegados, comunistas desmoralizados y jóvenes deseosos de «hacer carrera» que componen la burocracia del estado y el partido soviéticos. Esta burocracia, que recibe cada vez más fuertemente las presiones de las nuevas capas en auge gracias a la NEP, encuentra en esta perspectiva de construcción del socialismo, paso a paso y al margen de la situación internacional, un consuelo, una justificación y un tranquilizante. En 1925, esta teoría pasa a ser la guía de la dirección del partido y es adoptada por la Internacional. Bujarin, convertido tras su desmoralización por la derrota alemana en el principal ideólogo de la dirección, proclama la «construcción del socialismo a paso de tortuga» y lanza su famosa consigna dirigida a los campesinos: «Enriqueceos». Se ha producido una alianza tácita entre los «kulaks», los «nepman» (hombres de la NEP) y la burocracia. Stalin se ha convertido en el principal portavoz de esta burocracia. En la primavera de 1926, más del 60 por 100 del trigo comercializable está en manos de un 6 por 100 del campesinado, y la crisis a la que va a dar lugar esta política denunciada por la oposición no se va a hacer esperar. En este año, Zinoviev y Kamenev se van a apartar de Stalin y éste va a hacer uso de su poder e influencia en el aparato para combatirlos. 1926 es el año del nacimiento de la oposición conjunta, en que Zinoviev y Kamenev se aproximarán a Trotsky para intentar llevar la batalla contra Stalin y la burocracia.

Durante este período, la Internacional Comunista pierde la vitalidad que le caracterizó durante sus primeros años. Habrá que esperar a 1928 para que se celebre su VI Congreso, y durante los años 1925, 26 y 27 sólo tendrán lugar cuatro plenos ampliados del Comité Ejecutivo (uno el 25, dos en el 26 y uno en el 27). Zinoviev es apartado en el año 1926 de la dirección de la Internacional, y la orientación de la dirección del partido bolchevique se reflejará en un nuevo giro de la política de la Internacional. La adaptación de la burocracia a las nuevas capas privilegiadas de la Unión Soviética y la asunción de la perspectiva de «construcción del socialismo en un solo país» se traducirá, en el plano internacional, en una tendencia a concertar alianzas con fuerzas reformistas o pequeñoburguesas. Estas alianzas, realizadas por encima de los intereses de la clase obrera y en abierta contradicción con todas las enseñanzas revolucionarias, llevaron a la Internacional a añadir nuevos fracasos en su haber. Ya durante los años 1924-25 el curso ultraizquierdista había estado complementado por algunas maniobras dudosas, como la formación de la Internacional Campesina y el engrosamiento de sus filas con fuerzas que sólo podían ser admitidas desde un oportunismo colosal. Pero durante los años 1926 y 27 esta política adquiere toda su dimensión en dos casos: la

cuestión del comité anglo-ruso y la tragedia de la revolución china. La oposición no cesará durante este período de criticar abiertamente la orientación de la Internacional en estos hechos y denunciar sus consecuencias.

El comité anglo-ruso de los sindicatos fue formado en 1926 entre los sindicatos soviéticos (adheridos a la ISR) y los sindicatos británicos (que permanecían en la FSI), bajo la invocación de la lucha por la unidad sindical mundial entre la ISR y la FSI. Detrás de esta apariencia, formalmente correcta y que respondía a las aspiraciones de amplios sectores de la base sindical, se ocultaban intereses y pretensiones muy diversas. Los dirigentes reformistas de las Trade Unions británicas buscaban con esta alianza conseguir una imagen de izquierdas ante la radicalización creciente de las masas obreras, en el momento en que una aguda crisis social volvía a hacer acto de presencia en su país. Desde el punto de vista de los dirigentes de la Unión Soviética, el acuerdo debía favorecer la presión sobre la política del gobierno burgués de Gran Bretaña en un sentido favorable a los intereses de estado de Rusia. El comité anglo-ruso limitó sus actividades a meros contactos en la cumbre y diversas relaciones diplomáticas. Esta política del comité fue extendida a muchos otros sectores de la ISR y se convirtió en una práctica oportunista de «unidad a cualquier precio». En mayo de 1926 se iniciaba en Gran Bretaña una huelga general que duró cerca de 12 días y que los mineros prolongaron durante 29 semanas. La dirección de las Trade Unions traicionó abiertamente la huelga y la condujo conscientemente a una derrota espectacular. El comité anglo-ruso, con la inmutabilidad de la burocracia soviética, concedía «de hecho» el consenso de los sindicatos soviéticos a la actuación de los dirigentes reformistas en Gran Bretaña.

Desde su II Congreso, la Internacional Comunista había empezado a prestar una atención creciente a los movimientos de los países coloniales y semi-coloniales. Las tesis del II Congreso habían supuesto la base de una estrategia revolucionaria en estos países. En 1921 se crea el Partido Comunista de China, que en sus inicios no es más que un pequeño grupo de intelectuales cuyo animador principal es Chen Du-siu. En China existe un poderoso movimiento nacionalista de masas cuya organización es el Kuomintang, que dirige Sun Yat-sen. En 1922, el representante de la Internacional Comunista para China ha propuesto al partido comunista que sus militantes se adhieran individualmente al Kuomintang y realicen un trabajo en su seno. En enero de 1923, la Unión Soviética realiza a través de su embajada un contacto con Sun Yat-sen y se publica una declaración conjunta. La declaración abre la colaboración entre el gobierno de la Unión Soviética y el gobierno nacionalista, y los dirigentes soviéticos envían a Borodin y un equipo de especialistas (técnicos, militares, «consejeros»...) para asesorar a Sun Yat-sen. Poco después, la dirección bolchevique, con el voto en contra de Trotski, ratifica la entrada de los comunistas en el Kuomintang. Los años 1924-25 significan un salto cualitativo del partido chino, sobre todo en lo que se refiere a su implantación obrera. Durante 1925, las cifras de militantes pasan de 900 a 20.000. Sus dirigentes ocupan cargos importantes en los sindicatos y en el Kuomintang. Mao Tse-Tung es suplente del comité ejecutivo del Kuomintang y realiza un trabajo importante entre el campesinado. Chu En-lai es el responsable político de la academia militar de Huangpu, que dirige el oficial Tchang Kai-chek.

Durante estos años se produce un fuerte movimiento revolucionario en China, que adquiere la forma de levantamientos campesinos, movilizaciones obreras en las ciudades y una fuerte inestabilidad social, mientras el gobierno nacionalista del sur se encuentra en pugna con los «señores de la guerra» que dominan el norte. Hacia 1926 el clima revolucionario se refuerza y todo el mundo espera acontecimientos decisivos. En el seno del Kuomintang, una poderosa ala derecha anticomunista crece sin cesar. Una parte del Comité Central del Partido Comunista de China, y en especial Chen Du-siu, siempre ha visto con malos ojos la permanencia en el Kuomintang y ha propuesto la salida en repetidas ocasiones. En junio de 1925, una huelga en Cantón y Hong-Kong ha revelado las potencialidades de la clase obrera china: un comité de huelga, dirigido por los comunistas, se ha constituido en un auténtico poder, con sus milicias, justicia, etc.; de hecho ha significado la aparición del primer «soviet» chino. En marzo de 1926, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, bajo la inspiración de Stalin-Bujarin, a la que se ha unido el ex menchevique Martinov, define, sin embargo, el Kuomintang como un «bloque revolucionario de las cuatro clases», es decir, «el bloque revolucionario de los obreros, campesinos, intelectuales y la democracia urbana». No sólo se orienta a los comunistas chinos a trabajar en su interior, sino que se admite al Kuomintang como partido simpatizante de la Internacional Comunista y se nombra a Tchang Kai-chek miembro de honor. Bajo la fraseología y el embellecimiento del Kuomintang se esconde una orientación hacia la alianza con la burguesía nacional, que sacrifica la independencia de los comunistas y el movimiento revolucionario obrero y campesino y lo subordina a ésta. Pero

este mismo mes de marzo se va a producir la primera advertencia de hacia dónde lleva este camino: Tchang Kai-chek, a la cabeza de los cadetes de su academia militar proclama el estado de sitio, cierra los locales de las organizaciones obreras en Cantón, desarma las milicias y detiene a numerosos comunistas. Mientras la prensa de la Unión Soviética desmiente lo ocurrido, los asesores soviéticos se niegan a entregar armas a los obreros, que pretenden responder. El Partido Comunista propondrá a la Internacional Comunista, a raíz de este golpe de mano, empezar a organizar en el seno del Kuomintang fracciones «de izquierda», pero esta propuesta es inmediatamente rechazada.

A finales del año 26 se inicia la marcha del ejército nacionalista, bajo el mando de Tchang Kai-chek, contra el norte. En febrero de 1927, el ejército llega a las puertas de Shanghai. Los sindicatos, bajo la dirección de los comunistas, declaran la huelga general en la ciudad, que es ferozmente reprimida por el general Li, dueño de Shanghai. Tchang Kai-chek detiene su avance a la espera de que el levantamiento obrero sea aplastado, posiblemente de acuerdo con Li. En marzo los sindicatos vuelven a lanzarse a la insurrección, y cuando su triunfo parece ya evidente, Chang Kai-chek se decide a penetrar en la ciudad. Dueño a su vez de la ciudad, Chang Kai-chek entra en contacto inmediatamente con los extranjeros y los bajos fondos y organiza una policía «auxiliar». La Internacional Comunista, que ha continuado su ciega política durante todo este período, a finales de 1926 ha recomendado frenar todo movimiento campesino para evitar dificultades a la marcha hacia el Norte. El 3 de abril de 1927, Trotski escribe criticando la orientación de la Internacional Comunista: «Continuar la política de dependencia del partido comunista, llevar a los obreros al Kuomintang, es preparar las condiciones para la victoria de una dictadura fascista en China en el momento no lejano en que el proletariado, a pesar de todo, deberá apartarse del Koumintang». Trotski denuncia en la política de Stalin sobre China la revisión de los presupuestos de independencia de clase sobre los que se había basado la política bolchevique y realizado la Revolución Rusa. El artículo no es publicado, y el 6 de abril Stalin declara: «Tchang Kai-chek se somete a la disciplina.» La Internacional Comunista da órdenes a los comunistas de enterrar las armas. La catástrofe se avecina: el 12 de abril Tchang Kai-chek emprende la represión más sangrienta contra los comunistas. Varios miles son ejecutados y el movimiento de huelga que se produce, aplastado sin piedad. El 21 de abril la Internacional Comunista reconoce la «traición» de Tchang Kai-chek», pero Stalin a la vez declara: «Los acontecimientos han demostrado enteramente la justeza de la línea seguida.»

El ala izquierda del Koumintang, que ha desautorizado a Tchang Kai-chek, ha formado un gobierno en Wuhan donde entran los comunistas. En mayo, el Ejecutivo de la Internacional Comunista discute la cuestión china. Dos líneas se enfrentan: Stalin defiende la política de apoyo al gobierno de Wuhan como continuación de la alianza, Trotski predice la reconciliación de la izquierda del Kuomintang con Tchang Kai-chek y defiende la adopción de una política independiente dirigida a la creación de consejos obreros y campesinos. Los acontecimientos, nuevamente, no se harán esperar. El gobierno de Wuhan, bajo la presión militar del ejército de Tchang Kai-chek, expulsa a los comunistas y desata la represión sobre el movimiento. Más de 4.000 militantes obreros serán ejecutados. El desastre de la revolución china se ha consumado, pero para la dirección stalinista de la Internacional Comunista se hacía imperiosamente necesario lavarse las manos de una derrota espectacular que, advertida por la oposición, se convertía en muy peligrosa. Sin embargo, la derrota de la Revolución China, a la vez que daba la razón a la oposición segaba la hierba bajo sus pies: muy pronto se iba a comprobar que el fracaso de un nuevo intento revolucionario sumía a la Unión Soviética en un aislamiento todavía más desesperado, que no podía tener sino nefastas consecuencias económicas, sociales y políticas, favoreciendo la consolidación de la burocracia.

4. Crisis en la Unión Soviética y orientación ultraizquierdista de la Internacional Comunista. El «tercer período».

En diciembre de 1926, Bujarin declaraba ante el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista: «¿cuál era el argumento más poderoso que nuestra oposición empleaba contra el Comité Central del partido (me refiero al otoño de 1925)? La oposición decía entonces: las contradicciones crecen extraordinariamente y el Comité Central es incapaz de comprenderlo; los campesinos ricos, en cuyas manos se concentran casi todos los excedentes de cereales, han organizado contra nosotros la «huelga del trigo»... La oposición nos calumnia cuando dice que contribuimos al progreso de los campesinos ricos, que les ayudamos a organizar la huelga del trigo, que hacemos continuamente concesiones; los resultados prueban lo contrario...»; 1927 será el año de la preparación del XV Congreso del Partido Bolchevique, que se abrirá en diciembre. La

oposición recoge en su plataforma una vez más los temas de la industrialización, planificación y colectivización a los que une la crítica de la política de la Internacional Comunista ante la revolución china y la cuestión del comité anglo-ruso. El llamamiento a la discusión en el partido lanzado en mayo recoge unas tres mil firmas, pero los cálculos de la oposición se habían revelado ilusorios (recoger unas 20.000): el desvanecimiento de la esperanza china empezaba a surtir efecto entre las filas de los militantes. La dirección prepara la expulsión de la oposición utilizando todos sus hilos burocráticos e impide la discusión en el seno del partido por todos los medios. La oposición declara abiertamente que no pretende llevar a cabo ninguna actividad fraccional: «Condenamos sin equívocos cualquier tentativa de crear un segundo partido. Nuestra misión no es la de crear un segundo partido, sino la de enderezar la orientación del Partido Comunista de Rusia». En octubre, Stalin solicita al Comité Central la expulsión de Trotski y Zinoviev con motivo de la publicación «ilegal» del programa de la oposición (en la que se han mezclado un agente de la GPU, antiguo oficial blanco), y la consigue. En la conmemoración de Octubre (el 7 de noviembre), la oposición decide participar en las manifestaciones oficiales bajo sus consignas. Las pancartas dicen: «Dirijamos nuestro fuego contra la derecha: abajo los kulaks, los nepman y los burócratas!», «Aplicad el testamento de Lenin», «Mantengamos la unidad bolchevique»... La oposición será aislada y agredida por el servicio de orden. Cuando en diciembre se abre el XV Congreso, Stalin exige una capitulación política y organizativa sin condiciones para permanecer en el partido y una condena del trotskismo como ideología «antibolchevique y antisoviética». El primer núcleo de la oposición permanece firme. Trotski es exilado a Alma-Ata, Radek y muchos otros son expulsados del partido. Unos 1.500 opositoristas van a ser deportados. Zinoviev y Kamenev van a capitular.

Pero 1928 se inaugura con la más grave crisis que la Unión Soviética ha conocido desde la guerra civil. Los campesinos se niegan efectivamente a entregar los excedentes de trigo y cebada, la famosa «huelga de granos» adquiere proporciones alarmantes y estallan enfrentamientos por doquier. Los stoks se agotan, y el hambre amenaza a las ciudades. El 15 de febrero, en plena crisis, aparece en Pravda un misterioso artículo que reproduce gran parte de los argumentos definidos por la recién expulsada oposición desde cuatro años antes: «Entre toda una serie de causas que han determinado las dificultades sufridas por el almacenaje de trigo, hay que señalar las siguientes: el campo ha prosperado y se ha enriquecido, sobre todo los campesinos ricos; han pasado tres años de buena cosecha sin dejar rastro», y aún sigue «El aumento de los beneficios de los campesinos... en presencia de una escasez relativa de productos industriales, permite a los campesinos en general, y a los ricos en particular, guardar los cereales», ...reconociendo el establecimiento de una alianza entre el campesino rico y el especulador de las ciudades. Pero el artículo no se quedará aquí: «... En nuestras organizaciones, tanto las del partido como en las demás, han surgido en el curso de estos últimos tiempos ciertos elementos, ajenos al partido, que no ven las clases del campo, no comprenden las bases de nuestra política de clase y tratan de trabajar de manera que nadie se indisponga con ellos en la aldea y de modo que puedan vivir en paz con el campesino rico y, en general, conservar la popularidad en «todos los medios rurales». El hecho es evidente: bajo la presión de la agudización de la crisis, la burocracia ha retrocedido asustada por el crecimiento del peso político de las nuevas capas pequeño-burguesas y burguesas, y su influencia sobre un ala derecha del mismo partido. En poco tiempo se va a producir un giro espectacular de toda la política de la dirección y transmitirse a la Internacional Comunista. De la construcción del socialismo «a paso de tortuga» se va a pasar al galope tendido, y la burocracia va a dar la prueba más fehaciente de cuáles son sus métodos para autodefenderse e intervenir en los conflictos sociales entre las clases. Se emprenderá la colectivización masiva del campo por los métodos más brutales, y utilizando la violencia más extraordinaria contra millones de campesinos. El «plan quinquenal», impondrá unas condiciones exacerbadas de producción a la clase obrera, para lograr la industrialización acelerada. En el seno del partido, Stalin se va a volver contra sus aliados de ayer de la derecha y liquidarla literalmente en un corto período de tiempo. Esta recuperación burocrática de los temas de la oposición, sembrará el mayor desconcierto en una parte de sus filas. Muchos acabarán capitulando, entre ellos Radek y Peobrajenski (el lúcido economista de la oposición).

En diciembre de 1927, coincidiendo con la celebración del XV Congreso del partido bolchevique, dos enviados personales de Stalin, que actúan como enviados de la Internacional Comunista, embarcan al Partido Comunista Chino en Cantón en un trágico episodio. La revolución china en pleno reflujo, provocado por las derrotas sufridas, amenaza el prestigio de los dirigentes de la Internacional y pone en duda sus orientaciones. En Cantón se improvisa una insurrección bajo

las consignas que el partido no ha defendido en momento alguno de todo el proceso revolucionario chino (abajo el Kuomintang, el poder a los soviets...), y hasta se improvisa un «soviet» designado (!), con el resultado de un nuevo fracaso espectacular. A pesar de todo, la toma de la ciudad durante un corto período de tiempo por los trabajadores, demostrará trágicamente las oportunidades perdidas para la revolución proletaria en China. Este episodio en el plano internacional, coincidiendo con la crisis soviética, anuncia también el cambio profundo que va a conocer la política de la Internacional Comunista en poco tiempo.

En el XV Congreso del Partido Comunista de la URSS, Stalin ha defendido frente a Bujarin que la situación se deteriora en Europa, y que se está entrando en «una nueva fase de ascenso revolucionario». Nada más lejos de la realidad. Como señalará Trotski, polemizando contra el análisis que va a adoptar la Internacional Comunista, la derrota del 26 en Inglaterra y del 27 en China se combinan con un período de estabilidad relativa en muchos países, que ha significado un fuerte desarrollo de las fuerzas productivas. Italia está bajo el fascismo, y en Polonia el dictador Pilsudski detenta el poder. Es lícito prever que la curva ascendente que ha descrito el capitalismo va a encontrar en un período próximo su punto de inflexión, pero esto tiene poco que ver con la afirmación de que se está desarrollando ya una nueva fase de acceso revolucionario. Pero el curso emprendido, sin embargo, por la Unión Soviética, necesita complementarse para la burocracia en una orientación de «izquierda» de la Internacional. El pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista que se celebra en febrero de 1928, y el VI Congreso abierto en julio de este mismo año, van a confirmar y desarrollar estas tesis. El capitalismo ha entrado en su «tercer período», y Stalin define así la relación entre esta situación y las tareas que se desprenden: «a) En los países capitalistas los elementos de un nuevo ascenso revolucionario maduran indiscutiblemente, b) De ahí la tarea de reforzar la lucha contra la social-democracia, y sobre todo contra su ala «izquierda», en tanto que pilar social del capitalismo, c) De ahí la tarea de reforzar, en el seno de los partidos comunistas, la lucha contra los elementos de derecha, instrumentos de la influencia social-demócrata. d) De ahí la tarea de reforzar la lucha contra las tendencias conciliadoras con la desviación de derecha, tendencias que sirven de refugio al oportunismo en el seno de los partidos comunistas.»

En el pleno del Comité Ejecutivo de julio de 1929 estas tesis van a seguir siendo desarrolladas, y definidas sus concreciones prácticas. Manuilski y Kuusinen, tras los que está la inspiración de Stalin, hacen el informe al Comité: «Los objetivos de los fascistas y los social-demócratas son idénticos; la diferencia se encuentra en las consignas y parcialmente en los métodos...» «Es evidente —dice el informe— que a medida que el social-fascismo se desarrolla se parece cada vez más al fascismo puro.» Ha nacido la teoría del «social-fascismo», que va a contribuir a conducir la revolución a una de sus derrotas más crueles, más espectaculares y con consecuencias más funestas para el desarrollo de la misma Humanidad.

El «tercer período» dará lugar a una actuación subjetivista y ultraizquierdista de todas las secciones de la Internacional. En el terreno político, los partidos comunistas caen en una agitación maximalista e irreal, que les conducirá en muchos puntos a un aislamiento total. La teoría del «social-fascismo» se acompaña con la revisión ya iniciada anteriormente de la política del frente único, que debe ser aplicado exclusivamente «por la base» y contra los dirigentes social-demócratas, y que convierte a esta táctica en simples operaciones de denuncia sectaria. En el Estado español, cuando el fin de la dictadura de Primo de Rivera conduce a la caída de la Monarquía y la proclamación de la República, aclamada como una conquista por el movimiento de masas, el Partido Comunista de España —que es un pequeño grupo de unos 800 militantes—, lanza la consigna «¡Abajo la República burguesa! ¡El poder a los soviets!». Por supuesto, todavía no hay nada en el Estado español que se parezca de lejos a los soviets. En el terreno sindical el «tercer período» se traducirá, bajo la orientación directa de Stalin, en una política de escisiones sindicales. Rompiendo con toda la tradición de la Internacional, se preferirán las pequeñas organizaciones sindicales «seguras» y «revolucionarias» que se forman a través de estas escisiones, al trabajo en el seno de los sindicatos dominados por los reformistas. En el terreno organizativo, el «tercer período» significará una etapa de depuraciones de todas las alas «derechas» de los partidos comunistas, promovidas directamente desde Moscú, consolidando aún más las secciones de la Internacional. Pero la mayor catástrofe de este período de la Internacional lo constituye la nueva derrota alemana.

En 1929 estalla la gran crisis económica mundial, y en Europa sus efectos se hacen sentir rápida y profundamente en Alemania. La consecuencia más inmediata de la crisis no es, sin embargo, la aceleración de un ascenso revolucionario, sino el desarrollo espectacular del fascismo. En las elecciones alemanas de 1930, el partido de Hitler gana cinco millones y medio de votos, mientras el

partido comunista sólo gana cerca de uno y medio y la socialdemocracia pierde medio millón, siempre en relación a las elecciones de 1928. El paro se extiende alarmantemente, y centenares de miles de pequeños campesinos y comerciantes se arruinan literalmente. La pequeña-burguesía, e incluso sectores de trabajadores desesperados ante el caos económico y social, son arrastrados por la demagogia de los fascistas. La pequeña-burguesía arruinada, proporciona una base a sus movimientos y a sus bandas, que centran su odio en las organizaciones proletarias.

El Partido Comunista de Alemania, siguiendo la teoría del «social-fascismo», considera tras las elecciones que el auge del fascismo ha llegado a la cumbre, y que va a comenzar a descomponerse. El enemigo principal, el que separa al proletariado de la victoria, es el «social-fascismo»: hacia él hay que dirigir los ataques principales. Los violentos insultos hacia la socialdemocracia, se acompañan de la táctica del «frente único por la base». Esta orientación suicida lleva al partido alemán en agosto de 1931 a participar al lado de los nazis en el plebiscito organizado en Prusia contra el gobierno socialdemócrata, que el partido apodará «plebiscito rojo», y del que Pravda saludará los resultados como «el mayor golpe de la clase obrera a la socialdemocracia». La política del partido comunista y de la Internacional es seguida de cerca en todas sus fases por Trotski, que emprende su denuncia a la vez lúcida y desgarrada. Empieza por explicar que «por verdadera que sea la afirmación de que la socialdemocracia ha preparado por toda su política la expansión del fascismo, no es menos exacto que el fascismo aparece antes que nada como una amenaza mortal para la socialdemocracia misma, cuya grandeza está indisolublemente ligada a las formas de gobierno parlamentarias-democrático-pacifistas...». Para Trotski se trata de utilizar esta contradicción y de impulsar una política consecuente de frente único, abandonado las tesis del «social-fascismo». En su artículo «La clave de la situación está en Alemania», escribirá: «El fascismo se origina en dos condiciones: por un lado, una grave crisis social y, por el otro, la debilidad revolucionaria del proletariado alemán. Esta, a su vez, tiene dos causas: la primera, el papel histórico de la socialdemocracia que es todavía un poderoso agente del capitalismo en las filas del proletariado, y la segunda, la incapacidad de la dirección centrista del partido comunista para unir a los obreros bajo la bandera revolucionaria». Las propuestas y análisis de Trotski son violentamente contestadas desde la dirección del partido alemán. En febrero de 1932 un largo artículo en uno de los órganos del partido se titula «La propuesta fascista de Trotski de una unidad entre el Partido Comunista y el Partido Socialista alemán». En mayo, Trotski debe escribir amargamente: «Si las organizaciones más importantes de la clase obrera alemana siguen su política actual, yo creo que la victoria del fascismo estará asegurada casi automáticamente, y en un período de tiempo relativamente corto.»

En las elecciones de noviembre de 1932, los dos partidos obreros suman 13 millones de votos, mientras que los nazis obtienen 11,7 millones. Pero la clase obrera está profundamente dividida, y las relaciones envenenadas por la actuación del Partido Comunista. Este, aunque ha aumentado su influencia, se ha convertido en un partido que agrupa a los parados desesperados de su situación y fanatizados contra los trabajadores socialdemócratas y cristianos con empleo, mientras su influencia en las empresas y los consejos es muy escasa. Las acciones fascistas contra las organizaciones obreras se multiplican, y el clima social va cargándose por momentos. El número de parados sobrepasa los seis millones, y la mendicidad se convierte en una plaga. El 30 de enero de 1933, Hitler pasa a convertirse legalmente en el canciller del Reich por obra y gracia de la burguesía alemana, que se decide por la última solución. Las SA ocupan los barrios de Berlín. Los nazis se han hecho con el poder sin apenas resistencia de los partidos obreros. El 27 de febrero tiene lugar la provocación del Reichstag, y 4.000 militantes comunistas son detenidos aquella noche. El 5 de marzo hay elecciones: los nazis sólo obtienen, a pesar del terror ya desencadenado, el 43,9 por 100 de los votos. Al día siguiente, el Partido Comunista es declarado ilegal. Ahora habrá un intento de la dirección de realizar una propuesta de frente único a la socialdemocracia, y por ende, bajo la promesa de callar cualquier crítica. Pero ya es tarde; la socialdemocracia se ha hundido y sólo quedan encarcelados, capituladores ante el nuevo régimen y emigrados.

Trotski, que hasta entonces ha defendido intransigentemente la lucha por el enderezamiento de la Internacional y sus secciones, pasa a definirse por la necesidad de una nueva dirección, al menos en Alemania. Ahí, escribe, «la función funesta de la burocracia staliniana ha terminado. El proletariado alemán se levantará de nuevo; el stalinismo, nunca».

5. El VII Congreso de la Internacional Comunista: fin del «tercer período» y orientación hacia los «frentes populares». Francia y España del 36.

La subida de Hitler al poder tiene efectos contradictorios. De un lado significa una grave derrota de la clase obrera; de otro, estimula la aparición de un fuerte reflejo antifascista en los trabajadores y en sus organizaciones. El peligro fascista es una amenaza concreta, y la segunda guerra mundial se dibuja en el horizonte. Un poderoso sentimiento unitario se abrirá paso en la base de los sindicatos y partidos. En el seno del socialismo se empezarán a desarrollar fuertes corrientes de izquierda, y las mismas direcciones socialdemócratas – sintiendo la amenaza mortal del fascismo– se dividen y maniobran. El año 1934 es significativo: en Viena, las milicias obreras socialistas lucharán con las armas en la mano contra la dictadura de Dollfus; en París, obreros socialistas y comunistas luchan conjuntamente contra las ligas fascistas antes de que se haya producido ningún acuerdo entre sus direcciones; en el Estado español, la entrada en el gobierno de la República de la derecha filofascista provoca la reacción de toda la clase obrera, que en Asturias se transforma en insurrección, donde los trabajadores socialistas, comunistas y anarquistas luchan codo con codo bajo un acuerdo de frente único. Francia y el Estado español se van a convertir en el centro de un nuevo ascenso revolucionario en una Europa bajo la amenaza fascista.

En la Unión Soviética, la política de colectivización forzosa practicada por Stalin ha llevado a la agricultura al desastre. Según las propias fuentes soviéticas, datos no revelados hasta mucho más tarde demuestran que el ganado había disminuido en 1934 hasta la mitad de sus cifras de 1928, y que hasta 1937 no se volvió a alcanzar al producción de granos de 1927. La burocracia impone su dominación, cada vez por métodos más brutales, y empieza a preparar la aniquilación física de la «vieja guardia bolchevique» y la represión de centenares de miles de comunistas.

La Internacional Comunista ha entrado en este período en una abierta descomposición. Desde 1928, fecha de la celebración del VI Congreso, transcurren siete años hasta la celebración del siguiente y último, el VII Congreso. En este período sólo se celebran cuatro plenos del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (1929, 1931, 1932, 1933). La discusión, escuálida y estéril de los años anteriores, es íntegramente sustituida por las decisiones personales del dictador de la URSS y las sucesivas combinaciones de funcionarios que acatan servilmente sus directrices. Los partidos comunistas, sucesivamente depurados, faltos de toda personalidad y con su combatividad quebrada por los errores del «tercer período», no sólo ya no aportan nada, sino que se convierten en las agencias directas de la voluntad de la burocracia soviética. De esta forma se consolidarán también como los instrumentos de la diplomacia y la política exterior de la Unión Soviética. La «teoría del socialismo en un solo país ha servido de cobertura a una práctica que tiene como principal consideración la defensa de los intereses del estado burocratizado de la URSS, pasando por encima de los intereses de la clase obrera mundial, incluida la propia clase obrera rusa. Esta práctica cada vez va a aparecer más crudamente expresada en las palabras, los hechos y las actuaciones de los partidos de la Internacional y en la propia descomposición de la Internacional Comunista.

En 1934 se produce en Francia la combinación de un fuerte descontento social, por los efectos de la crisis económica, con el ascenso del sentimiento antifascista. Los socialistas hacen diversas propuestas de entrar en contacto con el Partido Comunista para estudiar una política de unidad de acción, pero sólo encuentran violentas respuestas por parte de la dirección. Sin embargo, de repente, y tras un viaje de Thorez a Moscú, *L'Humanité* publica en mayo un artículo de *Pravda* donde se afirma que es admisible el proponer a los dirigentes socialistas la unidad de acción. Algo ha cambiado en Moscú. Stalin, preocupado desde hace tiempo por las alianzas con los países capitalistas «democráticos» frente a la Alemania nazi, no desatiende la propuesta que el gobierno francés realiza al soviético de un pacto de asistencia mutua. El artículo de *Pravda* aparece justamente poco después de conocerse esta propuesta. Pero la vía ya está libre de obstáculos. En octubre, Thorez prolongará la propuesta de alianza con los socialistas al partido radical –partido burgués populista– en un «amplio frente popular». En poco tiempo se ha producido un giro de 180°. El 2 de mayo de 1935 se firma el pacto franco-soviético, y Laval se entrevista en Moscú con Stalin. El comunicado conjunto de la entrevista dice: «Stalin comprende y aprueba totalmente la política de defensa nacional practicada por Francia para mantener sus fuerzas armadas al nivel que exige su seguridad». Hasta aquel momento, el Partido Comunista se había mantenido firme contra toda política de «defensa nacional». En la tradición de toda la Internacional Comunista estaba el voto contra los créditos de guerra, la denuncia de la guerra como producto de la rapiña capitalista,

etc... De golpe, Stalin rompía toda una tradición por el hecho de que Francia era ahora aliada de la URSS Pero la respuesta todavía fue más extraordinaria: en pocos días los comunistas cubrían Francia de carteles que rezaban: «Stalin tiene razón», y se empeñaban en la justificación teórica y política de esta nueva posición.

A la iniciativa del Partido Comunista de Francia le siguieron rápidamente el PCE, el PCI, etcétera..., en las propuestas de Frentes Populares. En julio-agosto de 1935 se reunía el VII Congreso de la Internacional Comunista, que debía dar expresión a este nuevo giro. Dimitrov, al que corresponde realizar el informe principal, busca intensamente en las resoluciones del III y IV Congresos de la Internacional, y en toda la política de la Internacional bajo Lenin, alguna pista que le permita fundar esta nueva política. Inútil; la primera regla del bolchevismo había sido siempre el mantenimiento de la independencia de clase y el rechazo de la colaboración con la burguesía y sus partidos. El Congreso se realiza bajo la invocación de la «defensa de la paz y la Unión Soviética». El informe de Dimitrov resalta la ofensiva del fascismo, que caracteriza como «la dictadura terrorista abierta de los elementos más reaccionarios, más chovinistas y más imperialistas del capital financiero». Frente a esta ofensiva, la tarea de los partidos comunistas consiste en impulsar «el frente más amplio posible con todos los que están interesados en la salvaguarda de la paz». Concretando más, Dimitrov dice que las condiciones crean la posibilidad «de un amplio movimiento de frente único de la clase obrera, de todos los trabajadores y de *pueblos enteros* contra la amenaza de una guerra imperialista» (el subrayado es nuestro). La ambigüedad de las tesis del VII Congreso es evidente; las puertas hacia una política de alianzas, con supuestos sectores de la burguesía interesados en la defensa de la paz, están abiertas. Necesariamente, la política de la Internacional Comunista va a convertirse en el sacrificio de las nuevas esperanzas revolucionarias abiertas en Europa, en función de una orientación que entiende la defensa de la Unión Soviética ligada no ya a la extensión de la revolución mundial, sino a la alianza con sectores de la burguesía imperialista. León Trotski, que ahora ya ha emprendido el camino hacia la construcción de una nueva internacional, mantendrá intransigentemente, frente a todos aquellos que quieren revisar el análisis de la naturaleza del primer estado obrero, la necesidad de la defensa de la URSS como estado proletario –aunque degenerado burocráticamente–, frente a toda agresión imperialista. Sin embargo, realizará una crítica radical a la nueva política estalinista de los «frentes populares», que pretende lograr esta defensa por otros caminos que la extensión mundial de la revolución proletaria. El 3 de mayo de 1936, el resultado de las elecciones, con la victoria del Frente Popular, refleja en Francia una extraordinaria polarización de las clases. El partido radical, de base esencialmente pequeñoburguesa e integrado en el frente popular, ha perdido 43 diputados. La pequeña burguesía se decide a votar, bien por los partidos de la burguesía más agresivos contra el movimiento obrero, bien por los partidos obreros. Está muy claro que en Francia se va a desarrollar una crisis revolucionaria, y la burocracia soviética contempla el fenómeno con preocupación: «Lo esencial es que Francia no deje debilitarse su poderío militar. Deseamos que la situación interna no favorezca los deseos del Reich» (Livitnov). Pero antes siquiera de que se haya formado el gobierno Blum, estalla una huelga general con ocupación de fábricas que sorprende a las direcciones sindicales y políticas. Los trabajadores interpretan que con la victoria del Frente Popular ha llegado la hora de plantear frontalmente y obtener sus reivindicaciones. El Partido Socialista y el Partido Comunista se aplicarán en hacer fracasar este movimiento y volver las cosas a su cauce. El Partido Comunista sale al paso con la consigna «el Frente Popular no es la revolución». Y cuando las negociaciones que emprenden las direcciones sindicales son contestadas por los trabajadores, lanza la famosa consigna «hay que saber terminar una huelga». Además de haberse opuesto abiertamente al ascenso revolucionario, el Partido Comunista habrá preparado su aislamiento posterior.

Desde 1931, en el Estado español se vive una creciente radicalización de la clase obrera y de todos los sectores populares. Desde la instauración de la II República, la burguesía se esfuerza en organizarse y hacerse con el control de la situación. Los años 1934-35, que se han iniciado bajo el gobierno Lerroux-Gil Robles, han sido una espectacular ofensiva burguesa que, junto a la represión de la Comuna de Asturias, han significado la práctica liquidación de todas las conquistas realizadas por los trabajadores y campesinos en los primeros años de la República. Para la Internacional Comunista, dentro de la lógica que inspira sus análisis, la situación que se desarrolla en el Estado español no tiene demasiada importancia: «No es en España donde se decidirá la suerte de la revolución mundial. Una huelga parcial en un país europeo tiene más importancia que una revolución en España». En enero de 1935, tras la disolución de las Cortes y ante la convocatoria de elecciones, se firma el pacto de Frente Popular. Participan Unión Republicana, Izquierda Republicana, el PSOE y la UGT, el Partido Sindicalista, el PCE y

el POUM (formado a raíz de la fusión del BOC de Maurín y la Izquierda Comunista, que dirigen Nin y Andrade, que ha roto con Trotski). El programa del Frente Popular es un programa absolutamente moderado, hecho a base de concesiones de los partidos obreros a los burgueses republicanos. De hecho, los únicos puntos que lo harán atractivo a los ojos de la clase obrera y sectores campesinos serán la amnistía para las víctimas de la represión en el 34 y la readmisión de los trabajadores despedidos, pues por lo demás son explícitamente rechazadas las reivindicaciones de nacionalización de la tierra y la banca y el control obrero de la industria. El 16 de febrero, el Frente Popular gana las elecciones y ésta es la señal para que enormes sectores de masas se lancen abiertamente a la lucha por sus reivindicaciones, se encuentren o no incluidas en el programa del Frente Popular. Se abren las cárceles, se lucha por la readmisión de los despedidos, se ocupan las tierras y se multiplican los enfrentamientos con la Guardia Civil... Los trabajadores se arman a pesar de la negativa de las autoridades republicanas, las fábricas se «incautan» o se «intervienen», las tierras se ocupan..., y por doquier aparecen comités de control, de defensa, de organización de la producción..., formando una tupida red de órganos proletarios que detentan el poder real y lo disputan a las muertas instituciones de la República, organizándose para la lucha contra los sublevados. Pero la revolución no entraba dentro de los proyectos de la Internacional Comunista. El 18 de septiembre de 1936, ante el secretariado del Comité Ejecutivo de la Internacional, Dimitrov expone los problemas de España: «Con la presencia del Estado soviético, donde tenemos el socialismo triunfante en una sexta parte del globo terráqueo, y con la supremacía del fascismo en estados como Alemania o Italia, el problema ya no se presenta en estos términos: capitalismo o socialismo, Estado soviético o dictadura fascista. El problema sobre el estado democrático-burgués se plantea ahora de manera distinta a la de antes. El pueblo español lucha y deberá lograr la victoria, el establecimiento de una república democrática en la etapa presente. (...) Esta República, en la actual etapa de tránsito de las relaciones internacionales, con la existencia del Estado soviético, de la democracia soviética, por una parte, y de estados de democracia burguesa, como Inglaterra o América, y con la existencia de la dictadura fascista, será un Estado especial, una democracia popular auténtica. No será aún un Estado soviético, pero sí un Estado antifascista, de izquierdas, con la participación de la parte auténticamente izquierdista de la burguesía». Y Dimitrov continuará: «Aquí se plantea la cuestión de organizar la producción sin eliminar definitivamente la propiedad privada capitalista. (...) Esto es lo que hay que explicar, y no hablar de la liquidación de los terratenientes, sin hablar ya de la liquidación de los industriales como clase, etc...» Esta línea de «defensa de la República», embellecida por las justificaciones teóricas que expresa Dimitrov, fue la aplicada por el PCE y la Internacional Comunista. Y aplicada con la utilización de una violencia inusitada contra las fuerzas del movimiento obrero que la contestaron, que culminó con las jornadas de mayo de 1937 y la represión desatada a continuación contra el POUM. En medio de la actitud «no intervencionista» de las «democracias» europeas y la ayuda condicionada y totalmente insuficiente de la URSS, la represión contra sus movilizaciones y el desmantelamiento de sus conquistas de julio, los trabajadores del Estado español fueron vencidos a pesar de su combatividad. La derrota española precedía y preparaba la segunda guerra mundial.

La primera guerra mundial había provocado el hundimiento de la II Internacional; la segunda guerra mundial iba a confirmar la muerte de la alternativa que los revolucionarios habían intentado levantar al fracaso de la socialdemocracia: la Internacional Comunista.

IV. LA DISOLUCIÓN DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA Y LA CRISIS DEL ESTALINISMO

La política de los frentes populares se funda en la esperanza de la burocracia soviética de lograr una alianza defensiva con las «democracias occidentales». Pero el acuerdo de Munich, el 30 de septiembre de 1938, resalta el fracaso de cinco años de política exterior del Kremlin y convence a Stalin de la necesidad de una nueva orientación. Las democracias imperialistas demuestran preferir mil veces el sacrificio de la Europa central (Austria, Checoslovaquia) a la pérdida de sus colonias. El 22 de agosto de 1939 se firma el pacto de «no agresión» germano-soviético, en medio del estupor de centenares de miles de comunistas de todo el mundo. El soviético supremo ratifica el tratado en el mismo momento que los ejércitos alemanes cruzan la frontera de Polonia. La burocracia estalinista zigzaguea en un intento de mantener el «status quo» totalmente al margen de cualquier perspectiva de extensión mundial de la revolución, y aterrada, entre otras cosas, por el lamentable estado en

que las depuraciones sistemáticas han dejado al Ejército Rojo y su estado mayor. Ahora, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista va a volver otra vez a las fórmulas que caracterizan la guerra como guerra entre grupos de países imperialistas, pero sólo como cobertura superficial de la política del Kremlin y en medio de una descomposición ya absoluta de sus estructuras.

En junio de 1942, Alemania ataca a la URSS. Sólo la formidable reacción de los trabajadores rusos salvará, al precio de millones de muertos, la Unión Soviética del desastre. Pero su victoria sobre los ejércitos nazis actuará como un poderoso catalizador que reactivará las fuerzas y la confianza de todo el movimiento obrero mundial. Es entonces, justo cuando la victoria de Stalingrado y la derrota del Eje en África hacen aparecer en el horizonte la perspectiva de una derrota del fascismo, cuando en Moscú se toma la decisión de disolver la Internacional. Stalin quiere dar una prueba de buena voluntad ante las «democracias», que miran con desconfianza a la burocracia de la Unión Soviética y los partidos comunistas de sus respectivos países, que están adquiriendo un peso decisivo en la lucha contra el fascismo. El 9 de marzo de 1943, Henry Wallace, vicepresidente de los Estados Unidos, ha declarado: «La guerra sería inevitable si Rusia adoptara de nuevo la idea trotskista de fomentar la revolución mundial». Pero no hay peligro de que Stalin adopte de nuevo este punto de vista leninista: la burocracia soviética está preocupada por el logro de un acuerdo estable a escala mundial que reparta el mundo en esferas de influencia. El 15 de mayo de 1943, el secretariado del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, en el que se encuentran, entre otros, Dimitrov, Kuusinen, Manuiski, Ercoli, Toquiatti y Thorez, aprueba una resolución por la que se propone a las secciones de la Internacional la ratificación de la propuesta de «disolver la Internacional Comunista como centro dirigente del movimiento obrero internacional, liberando a las secciones de la Internacional Comunista de las obligaciones que se desprenden de los estatutos y de las decisiones de sus congresos».

La propuesta pretende realizar un balance de la actividad de la Internacional Comunista: «... ha preservado el marxismo de la revisión o la falsificación por los elementos oportunistas del movimiento obrero, ha contribuido en una serie de países al reagrupamiento de la vanguardia de los trabajadores avanzados en verdaderos partidos obreros, ha ayudado a estos partidos a movilizar a las masas trabajadoras por la defensa de sus intereses económicos y políticos, para la lucha contra el fascismo y la guerra que preparaba, para el apoyo a la Unión Soviética, principal bastión contra el fascismo». Sin embargo, la resolución continúa explicando que ya desde mucho antes de la guerra «... estaba cada vez más claro que la solución de los problemas del movimiento obrero en cada uno de los países por las instancias de un centro internacional, cualquiera que fuese, encontraría obstáculos insuperables». La resolución cita como motivos de ello la diversidad de vías históricas de desarrollo de los países, el carácter distinto y hasta contradictorio de sus regímenes sociales, la diferencia de los grados de conciencia y organización de los trabajadores, la diferencias de tareas que se desprenden de estos aspectos... Todo ello son factores que están presentes desde el inicio del capitalismo y que lejos de variar con el desarrollo del imperialismo se combinan ahora con una centralización cada vez mayor del capital a escala internacional, pero ello no impide sacar al secretariado una arbitraria conclusión: «... la forma de organización escogida por el I Congreso de la Internacional Comunista para el reagrupamiento de los trabajadores, que respondía a las exigencias del período inicial de renacimiento del movimiento obrero, se extinguía cada vez más en relación con el crecimiento de este movimiento en los diferentes países y la complicación cada vez mayor de sus tareas, e incluso se convertía en un obstáculo al reforzamiento de los partidos obreros nacionales». Esta valoración no es impedimento para que la Internacional Comunista utilice, sin embargo, la resolución para señalar de nuevo las tareas del momento, que desde su punto de vista se resumen así: «... concentrar las fuerzas para sostener por todos los medios la guerra de liberación de los pueblos y de los Estados de la coalición antihitleriana y tomar parte activa en esta guerra de liberación para aplastar rápidamente al enemigo mortal de los trabajadores: el fascismo alemán y sus aliados y vasallos.» El 8 de junio de 1943, el Secretariado declara la propuesta de disolución de la Internacional Comunista «unánimemente aprobada» por las secciones que «han podido hacer llegar sus decisiones». En menos de un mes, en plena guerra y con enormes dificultades para comunicarse; en una palabra: a toda prisa, la Internacional Comunista había sido disuelta de la misma forma que se habían tomado todas las últimas decisiones del cadáver en descomposición que ya constituía desde hace tiempo. El 28 de mayo, en una entrevista concedida al corresponsal de la agencia Reuter en Moscú, Stalin precisará con gran cinismo el alcance de la operación de «disolución» de la Internacional Comunista. El periodista le pregunta:

«Los comentarios británicos con motivo de la decisión de liquidar la Internacional han sido muy favorables. ¿Cuál es el punto de vista soviético sobre este asunto y su importancia cara a las futuras relaciones internacionales?»

Y Stalin responde:

«La disolución de la Internacional Comunista es sabia y oportuna (...). Porque deja en evidencia la demagogia de los hitlerianos, que afirman que "Moscú trata de inmiscuirse en la vida de otras naciones para bolchevizarlas". Ahora hemos puesto fin a esta calumnia. (...).»

La segunda guerra mundial generará un nuevo ascenso revolucionario en los países europeos, que se combinará con un auge de la lucha contra la dominación colonial y semicolonial, que alcanza su mayor expresión en el movimiento revolucionario en China. El movimiento obrero se verá confrontado a nuevos fenómenos y acontecimientos decisivos. En Francia e Italia, donde el movimiento obrero ha jugado un papel decisivo en la derrota del fascismo y donde los partidos comunistas han llevado el peso de gran parte de la resistencia, los trabajadores no olvidan el papel jugado frente al fascismo por sus respectivas burguesías, y crece una profunda aspiración a la transformación radical social. Pero el PCF y el PCI llamarán a los trabajadores a la reconstrucción del estado burgués y entrarán en gobiernos de «reconstrucción nacional», que tendrán por misión llevarla a cabo de forma sistemática. Es el momento en que Thorez llama a los trabajadores, armados por la resistencia, a participar entusiastamente en la construcción de «un solo estado, un solo ejército, una sola policía.» y a ganar la «batalla de la producción» contra los «trusts». La victoria soviética sobre el fascismo ha reforzado enormemente, a los ojos de los trabajadores, la autoridad de la URSS y de los partidos comunistas. El fracaso histórico de la burocracia estalinista y sus errores sólo han producido resultados contradictorios: los partidos estalinistas se van a reforzar enormemente y conseguirán ahogar el ascenso revolucionario. La Unión Soviética ha ocupado, a finales de la segunda guerra, una parte de los territorios de Europa oriental. Trotski había escrito: «... en los territorios que deben ser incorporados a la URSS, el Gobierno de Moscú procederá a la expropiación de los grandes propietarios y a la estatización de los medios de producción. Esta orientación es más probable, no porque la burocracia siga siendo fiel al programa socialista, sino porque no quiere ni puede repartir el poder (y sus privilegios) con las antiguas clases dominantes de los territorios ocupados... El primer Bonaparte frenó la revolución por medio de una dictadura militar. Sin embargo, cuando las tropas francesas invadieron Polonia, Napoleón firmó un decreto aboliendo la servidumbre. Esta medida no era dictada por las simpatías de Napoleón hacia los campesinos, ni por los principios democráticos, sino por el hecho de que la dictadura bonapartista se apoyaba sobre las relaciones de producción burguesas, no las feudales. Como la dictadura bonapartista de Stalin se apoya en la propiedad estatal y no sobre la propiedad privada...» Y así, una serie de países accedieron a regímenes de transición hacia el socialismo, pero no por verdaderas revoluciones, sino por la combinación de movimientos de masas más o menos potentes, con la intervención burocrático-militar de la URSS. Un reparto del mundo entre la URSS y las potencias imperialistas en «esferas de influencia» es llevado a cabo a partir de la Conferencia de Yalta. Ello determinará la actitud de la burocracia frente a los casos de Yugoslavia y Grecia. Los comunistas yugoslavos, con Tito a su cabeza, conducen la lucha antifascista en su país, poniendo en pie, en las zonas liberadas, órganos de poder que excluyen a los que pretenden conservar el sistema capitalista, y emprenden transformaciones radicales, especialmente en el terreno agrario. Entonces, Dimitrov escribe a Tito: «A la luz de las informaciones que nos habéis hecho llegar parece que Gran Bretaña y el gobierno yugoslavo (en el exilio) tienen razones para sospechar que el movimiento de partisanos tiene un carácter comunista. ¿Por qué habéis creado, por ejemplo, una brigada especial proletaria?... En la hora actual, el deber esencial e inmediato consiste en fusionar todas las corrientes antinazis para aplastar al invasor y acabar vuestra liberación nacional... No hay que considerar vuestra lucha desde el simple punto de vista nacional, sino también desde el punto de vista internacional de la coalición anglo-soviético-norteamericana.» Pero a pesar de las constantes presiones militares y políticas de la burocracia, la revolución yugoslava será un hecho. En Grecia, la ELAS, dirigida por los comunistas, fue aplastada con el consentimiento y la impasibilidad de los dirigentes soviéticos.

La primera revolución victoriosa después de la rusa se habrá realizado abiertamente en contra de la voluntad de Stalin. Tendrá por efecto inaugurar la crisis del estalinismo. En 1949, a la victoria de la revolución yugoslava se viene a añadir la victoria de la Revolución China. Los comunistas chinos, bajo la dirección de Mao Tse-tung, han vencido esta vez haciendo caso omiso de las directrices de Stalin, aunque ellos lo oculten y ni siquiera el estallido posterior del conflicto chino-soviético les haga poner en cuestión la mitificación de la figura de Stalin. Estas victorias producirán un vuelco en la

relación de fuerzas internacional con el imperialismo y a la vez agravarán la crisis del estalinismo. Junio de 1943 en Berlín-Este; Polonia y Hungría en el año 1956; el conflicto chino-soviético; el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS; el impulso de la revolución colonial (Corea, Vietnam...); Cuba; la invasión de Checoslovaquia..., serán episodios de esta crisis.

VOCABULARIO SOCIALISTA BÁSICO

¿Qué es el imperialismo?

La fase del capitalismo caracterizada por el control de los monopolios sobre las economías nacionales, y de la burguesía imperialista de unas pocas naciones sobre los pueblos coloniales y semi-coloniales

¿Qué es el «socialpatriotismo»?

La posición adoptada por los dirigentes de la II Internacional, anteponiendo en la primera guerra mundial la unión con sus burguesías respectivas a los intereses internacionales de los trabajadores contra la guerra imperialista

¿Qué es la política del Frente Único Obrero?

La orientación desarrollada por la Internacional Comunista bajo la dirección de Lenin, que consiste en buscar sistemáticamente la mayor unidad en la acción posible, frente a la burguesía, de los partidos y organizaciones obreras

¿Qué es el «social-fascismo»?

La caracterización que la Internacional Comunista bajo Stalin hizo de la socialdemocracia en lo que analizará como «tercer periodo» del capitalismo.

¿Qué son los frentes populares?

La política iniciada por el VII Congreso de la Internacional Comunista de alianza de los partidos comunistas con partidos de la burguesía, sobre la base de programas «mínimos» adaptados a sus exigencias.

¿Qué es la crisis del estalinismo?

El estallido de contradicciones que han minado la hegemonía y el poder de la burocracia estalinista en todo el movimiento comunista mundial y en los propios estados obreros burocratizados.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- Fernando Claudín: *La crisis del movimiento comunista.*
- León Trotsky: *La Revolución Rusa.*
- *La Internacional Comunista después de Lenin.*
- *La Revolución China.*
- *El fascismo.*
- *Escritos sobre España.*
- Pierre Broue: *El partido bolchevique.*
- *La cuestión china en la Internacional Comunista.*
- *Revolución en Alemania.*
- *La revolución y la guerra de España* (en colaboración con E. Temine).
- Los cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista. Manifiestos, tesis y resoluciones.*

PRINCIPALES SIGLAS Y ABREVIATURAS UTILIZADAS EN EL TEXTO

- AIT: Asociación Internacional de los Trabajadores (I Internacional).
- BOC: Bloque Obrero y Campesino.
- CC: Comité Central.
- CE: Comité Ejecutivo.
- CNT: Confederación Nacional del Trabajo.
- ELAS: Ejército de Liberación de Grecia.
- FSI: Federación Sindical Internacional (Internacional de Amsterdam).
- GPU: Policía Política Soviética.
- IC: Internacional Comunista.
- ICE: Izquierda Comunista de España.
- ISR: Internacional Sindical Roja.
- IKD: Comunistas Internacionales de Alemania.
- KARP: Partido Comunista Obrero de Alemania.
- KPD: Partido Comunista de Alemania.
- NEP: Nueva Política Económica.
- PCCh: Partido Comunista de China.
- PCE: Partido Comunista de España.
- PCF: Partido Comunista de Francia.
- PCI: Partido Comunista de Italia.
- PCO: Partido Comunista Obrero.
- PCR(b): Partido Comunista de Rusia (bolchevique).
- POUM: Partido Obrero de Unificación Marxista.
- PSOE: Partido Socialista Obrero Español.
- SFIO: Sección Francesa de la Internacional Obrera (II Internacional).
- SPD: Partido Socialdemócrata de Alemania.
- UGT: Unión General de Trabajadores.
- USPD: Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania.
- VKPD: Partido Comunista Unificado de Alemania.